

LA HIJA DE LOS TRAPEROS.

Drama en seis cuadros, arreglado del francés por los señores SANCHEZ GARAY *y* LALAMA, *para representarse en Madrid, el año de* 1861.

(SEGUNDA EDICION.)

PERSONAJES.	ACTORES.
BAMBOCHE	
DARTÉS, *rico brasileño*	
PABLO VERDIER, *médico*	
ENRIQUE DUVAL, *pintor*	
MAS, *agente de negocios*	
PAJERO, *trapero*	
FARFALLA, *idem*	
JOSÉ, *criado de Dartés*	
TRAPERO	
UN CARCELERO	
TERESA LA CATALANA	
MARIETA	
LA TIA MOSCOU	
ARLEQUINA	
JUSTINA, *criada de Teresa.*	

Traperos, Traperas, Convidados, Máscaras y dos guardias.

CUADRO PRIMERO.

El barrio de los traperos. El teatro representa un monton de casucas y ruinas de otras, conocido bajo el nombre de Barrio de los Traperos, junto á la barrera de los Dos Molinos; el piso es desigual, y las casucas están medio destruidas; las ventanas sin cristales: las puertas agujereadas y sin cerraduras, y medio cayéndose; el aspecto esterior es en estremo miserable, y todas ellas edificadas al capricho del propietario, no tienen mas que un solo piso y la mayor parte hasta carecen de techumbre, ó está formada de esteras ó tablones: sin embargo, una de ellas se distingue por su techo de hoja de lata. A la derecha, en primer término, una casuca mayor que las otras, la cual sirve de almacen. Delante de esta casa, un cobertizo, bajo el cual dos mujeres armadas de tijeras, hacen un monton con los trapos de diferentes clases y colores que están haciendo pedazos: á la derecha, en segundo término, la casilla con techo de hoja de lata: en mitad de la escena un pozo, en cuya pila lavan varias mujeres; á la izquierda, en segundo término, una choza formada de pedazos de tablas y esteras, y sobre cuya puerta hay un rotulo que dice: *Al gran Arlequin*. En primer término una mesa, bajo un emparrado cubierto de follaje, bancos y taburetes al lado: en tercer término, á la izquierda la entrada al barrio, con un poste sobre el cual se lee: *Barrio de Oro: Morada de los traperos.* Un carrito de mano, colocado delante del almacen de la derecha, el cual lo van cargando dos ó tres hombres, con lios de trapos, pieles de conejo, papel viejo, etc. etc.

ESCENA PRIMERA.

TRAPEROS, TRAPERAS, *luego el* PAJERO *y* FARFALLA, *que vienen de fuera; en seguida la* ARLEQUINA. *Mientras van y vienen, trabajan, cargan, etc.*

TRAP. (*tirando un lio en el carrito.*) Ahí van seis docenas de pieles de conejo. (*sacando un lio de trapos.*) Una pieza de seda, en pedazos. (*sacando un monton de zapatos.*) Medio centenar de filósofos, sin punteras ni tacones.

PAJ. (*á Farfalla.*) Ven y te presentaré.

TRAP. Quién es ese mozo?

PAJ. Un discípulo, llamado Farfalla.

FARF. Farfalla, y por otro nombre Rompe-crismas.

PAJ. Ese mozo, que ahí veis, vejetaba con las colillas de los cigarros; en lo sucesivo, viviendo con nosotros, adquirirá una gran posicion.

FARF. Pues, dónde me encuentro?

PAJ. (*enseñándole el poste.*) Mira y lee.

FARF. (*leyendo.*) Barrio de oro... Morada de los Traperos.

TRAP. (*arrojando un bulto en el carro.*) Un lote de plumas viejas. (*idem.*) Otro de hierro enmohecido.

PAJ. (*á Farfalla.*) Ves aquella casa?

FARF. (*buscando.*) Dónde diablos están las casas?

PAJ. (*señalando la del tejado de hoja de lata.*) Esa es mi casa.

FARF. Sobérbia finca!

PAJ. No es un cómodo palacio; pero en cambio es fria en el invierno, caliente en el verano, y húmeda todo el año; mas, tal cual la ves, es una finca, que á ninguno debe un cuarto. Escucha, pues: un domingo, en que hacía un sol hermoso, salí á pasearme por el campo; al cruzar la barrera de los Dos Molinos, divisé un cartel en mitad de mi camino, que decia: Este terreno se vende ó alquila por varas. El propietario se encontraba allí justamente. Le propongo que me alquile diez metros de terreno á dos reales metro al año, y acepta mi oferta; se

firma el contrato, y sin mas dimes ni diretes, traigo mi casita y la planto donde tú ves.

Farf. La trajiste entera?

Paj. No por cierto, imbécil! A pedazos; hoy traje una puerta, mañana una ventana, y al otro dia un tablon y ladrillos; despues un saco de yeso, luego un pañuelo de cal, y de este modo, al cabo de tres semanas, solo le faltaba el casco á mi palacio.

Farf. El casco?

Paj. Así llamo el techo de mi inmueble, en vista de que todo él es de hoja de lata, formado con botes viejos de sardinas, que tenia amontonados en un rincon. Cuando mis compañeros vieron, que por veinte reales al año, y con unos botes de hoja de lata, y cuatro tarugos podian hacerse propietarios, han seguido mi ejemplo, y se han establecido aquí, donde tenemos nuestra casa, buen aire, buen sol, y la salud, que Dios dá gratis á todo el mundo.

Arl. (*saliendo del bodegon.*) Buenos dias, tio Pajero.

Farf. (Bonita muchacha!)

Arl. Quiere usted comer? Qué le preparo?

Paj. Mi plato favorito es el arlequin; en él encuentro desde la trufa, hasta el arenque; trae dos raciones, pues convido á mi amigo Farfalla.

Farf. Por otro nombre, Rompe-crismas.

Paj. Ponte á las órdenes de Arlequina, llamada así, porque su establecimiento se denomina: *El grande Arlequin.*

Arl. (No me disgusta el parroquiano!) (*alto.*) Pronto estareis servidos. (*vase por la izquierda.*)

ESCENA II.

Dichos, y Dartés.

Trap. Muchachos, en marcha, que ya tenemos el carro lleno.

(Un hombre se pone á tirar de las varas, y otro á empujar el carro; al llegar al pozo se detiene delante de un jóven bien puesto.)

Dart. (*leyendo.*) Barrio de Oro; Morada de los Traperos. Aquí es.

Trap. (*tirando del carro.*) Paso, que mancho. (*pasa el carro.*)

Paj. Hé ahí un caballero, de mejor aspecto que mi casa.

Farf. (*riendo.*) Si buscará habitacion?

Paj. Mas tiene traza de buscar á alguno. (*dirigiéndose á él.*) A quién busca usted, caballero?

Dart. Deseo saber el nombre de un trapero, que sin duda debe habitar aquí.

Paj. Sepa usted que no todos se albergan en este barrio; es con algun trapero con quien usted tiene que ver?

Dart. Precisamente. Y usted debe saber quién es el que recorre ordinariamente la calle del Caballero, en el cuartel de los Inválidos.

Paj. Eso no tiene duda, puesto que cada uno recorre un sitio fijo.

Dart. Podré encontrar al hombre que busco?

Paj. No es tan fácil; Bamboche no vive aquí.

Dart. Pues dónde vive?

Paj. En ninguna parte; pero está visible toda la noche en el cuartel de los Inválidos.

Dart. Ya le encontraré, toda vez que usted me asegura, que solo Bamboche recorre la citada calle.

Paj. Es su distrito, y nadie seria osado á trabajar en él.

Dart. Está bien. (*escribe en su cartera; á poco sale la Arlequina del figon, y mira á Dartés Este guarda la cartera y sin que lo note, deja caer una tarjeta.*) Gracias! (*vase.*)

Arl. Para qué buscarán á Bamboche?... Esta es la primera vez que...

Paj. Qué, preguntan por él? Ya lo creo; como que Bamboche no es un hombre, sino un caracol.

Farf. (*viendo la tarjeta.*) Calla! El caballero de las preguntas ha dejado caer un papel.

Paj. Alto ahí! Si es cosa de valor tenemos que llevarlo á casa del comisario, que vive dos pasos de aquí. (*mirando.*) Es una tarjeta!

Farf. Con un retrato!

Paj. Dices bien, con el retrato de una linda mujer.

Arl. Igual tengo yo mi retrato, y no me ha costado mas que una peseta.

Paj. Baratas se compran hoy las buenas mozas!

Farf. Las de carton, no digo que no.

Paj. Vamos, esta pequeñez no merece la pena de llevarlo á casa del comisario. Si su dueño no viene á reclamarle, guárdale para adornar tu sala. (*á Arlequina.*)

Farf. (*viendo entrar a Enrique.*) Otro señor en compañía?

Arl. Es nuestro Enrique

Paj. El artista? Oh! A este le aprecio en estremo! Me retrató el otro dia, y me sacó tan feo, como me hizo la naturaleza. Buenos dias, artista.

Enr. Buenos dias, tio Pajero.

Paj. Sigue usted bien? Yo tambien. (*presentando á Farfalla.*) Le recomiendo á este compañero.

Arl. (*con un plato.*) Aquí está el arlequin pedido.

Paj. Y deseado, no es verdad? (*toma el plato*) Cáspita! Aquí se encuentra de todo; desde el gazapo, hasta la flor de azar... Vamos á la mesa, Farfalla. (*vanse al bosquecillo de la derecha.*)

ESCENA III.

Enrique *y la* Arlequina.

Enr. Aun no han dado las cuatro, no es verdad?

Arl. Faltan cinco minutos. Espera usted á alguien?

Enr. Sí.

Arl. Un hombre?

Enr. No lo sé.

Arl. Entonces, será una mujer.

Enr. Tampoco lo sé.

Arl. Ah! Entonces es á la tia Moscou.

Enr. Justamente! Responderias acaso del sexo de ese ser fantástico y grotesco?

Arl. Teneis razon! La tia Moscou no es una mujer como nosotras! Es una antigua vivandera, que ha hecho la campaña de Rusia; y si bien es cierto que su figura es algo original, en cambio su corazon es de oro. La tia Moscou, es la providencia de los pobres.

Enr. Es rica?

Arl. Rica! No por cierto; aun cuando heredó la fortuna de sus tres maridos.

Enr. Tres nada menos!

Arl. Cuando obtuvo su licencia, se hizo trapera, y como ha trabajado mucho, ha logrado reunir algun dinerillo. Conque es ella quien ha quedado en venir aquí?

Enr. A las cuatro en punto.

Arl. A las cuatro? (*suenan las cuatro.*) Ahora mismo dan, y la teneis ahí. (*señalando al fondo.*)

ESCENA IV.

Dichos y LA TIA MOSCOU.

MOS. Dios guarde á la compañia, como decia Rómulo.

(Entra deprisa, y trae un viejo sombrero de paja, una chupa de húsar, un jubon encarnado, polainas blancas remendadas, y un delantal azul, limpio y remendado sobre la chupa, un pañuelo en forma de pañoleta, la tez curtida, la nariz amoratada y el bigote gris.)

ENR. Rómulo?

ARL. (*bajo.*) Su primer marido. (*alto.*) Cómo vá, tia Moscou.

MOS. Tal cual; el alma se ha enclavado en esta máquina, y antes moriré que caer enferma. Oh! me fabricaron en los buenos tiempos!

ARL. Siéntese usted, que hay gran distancia desde la calle de Muffetár, á la barrera de los Dos Molinos.

MOS. Mas distancia habia desde Zaragoza á Moscou, y la recorrimos á pié! Aun iria, si viviese mi caporal, por vida de las pirámides! Como decia Millavone!.

ENR. Millavone!

ARL. (*bajo.*) Su segundo marido! (*alto.*) Lo cierto es, que se conserva usted buena para la edad que tiene.

MOS. Mi edad! Solo la sabe el Padre Eterno, como decia Grabussot.

ARL. (*bajo.*) Su tercero.

MOS. (*á Enrique.*) Conque quiere usted retratarme, no es esto? Cómo quiere usted que me ponga? De frente, ó de perfil... á pié, ó á caballo?

ENR. De perfil, si usted gusta.

MOS. (*con alegria.*) Como Mr. Charlet! Oh! Ese estaba enamorado de mi nariz.

ENR. (*dibujando.*) Silencio, y no os movais.

MOS. Tan serena, como si estuviese ante los Prusianos.

VOZ. (*dentro.*) Eh! Arlequina?

ARL. Allá voy! Vengo al momento, para ver si se parece. (*vase.*)

MOS. Diga usted, y me vais á retratar con mis reliquias, como Mr. Charlet? (*suspirando.*) Ay!

ENR. (*dibujando.*) A qué llama usted sus reliquias?

MOS. Lo que me resta de mis tres maridos, pues á todos los quise como á mi vida... No en conjunto, sino por turno! Pobrecitos mios! Mire usted; esta cadena era del reloj de mi Narciso Grabussot; en ella he colgado la sortija de Millavone, y en el secreto he colocado el pelo de Rómulo. No quiero llorar, porque cuando lloro me pongo vizca. (*entreabre su chupa.*)

ENR. Qué hace usted, tia Moscou?

MOS. Estoy buscando mi tabaquera.

ENR. Donde diablos la mete usted?

MOS. En la bolsa de Millavone, junto á la pipa de Narciso. (*presentándosela.*) Usted gusta?

ENR. Gracias. Y esa caja, tambien es algun recuerdo?

MOS. En ella tomó Rómulo su último polvo. A tu memoria, hijo mio. (*tomando polvo.*)

ENR. Aun conservais algunas cosillas, tia Moscou?

MOS. (*suspirando.*) En mil ochocientos nueve era cuando habiais de verme! Quien me habia de decir, la mañana de la batalla de Wagrand, que habia de quedar viuda por segunda vez!

ENR. Fué en Wagrand, donde Millavone sucumbió?

MOS. Dividido por la mitad, como un cabrito. (*tomando un polvo.*) A tu memoria, pichoncito!

ENR. Mirad que os vais á enternecer!

MOS. Os molestará el que fume un poco en la pipa de Narciso Grabussot?

ENR. No por cierto. La tal pipa estará fundida!

MOS. Sí, en mil ochocientos doce, en la batalla de Moscou. Al entrar en el gran reducto, Narciso rompió la pipa... En aquel dia, quedé viuda por tercera vez; desde Grabussot, ningun hombre me ha servido para nada. Está ya concluido? Lo podemos ver?

ENR. Si por cierto.

MOS. (*mirándose.*) San Pancracio!

ENR. Creeis que no se os parece?

MOS. Al contrario, si me viese por la primera vez, me asustaba y echaba á correr. Tendria usted la bondad de darme una copia?

ENR. Para quien?

MOS. Para mi ahijado Bamboche, que es cuanto amo en el mundo, despues de Marieta!

ENR. (*dibujando.*) Quién es esa Marieta?

MOS. La hija de los traperos.

ENR. Un hijo de muchos, no es hijo de nadie.

MOS. Hijo de nadie? Conque le parece á usted poco trescientos treinta y tres padres?.

ENR. Marieta tiene trescientos treinta y tres padres?

MOS. Esa es toda una historia, la cual se remonta á una octava de años. Tenia yo conmigo á mi ahijado Bamboche, que habia sacado de... (*se detiene.*)

ENR. De dónde?

MOS. De su pais... Iba ya siendo vieja, y el costal me pesaba á la espalda, cuando se le traspasé á Bamboche, con mi número siete, á fin de que siguiese mi operacion nocturna, todo vez que no queria trabajar, sino es de noche.

ENR. Tenia motivos para ocultarse?

MOS. Acaso he dicho tal cosa? Bamboche aborrece el sol, y ama la luna. Teníamos en aquel tiempo por vecina á una pobre florista, que se mataba á trabajar para alimentar y educar á su hija! Oh! entonces careciamos de vuestro buen amigo el doctor Pablo Verdier! Tal vez la hubiese salvado! En fin, como la infeliz no tenia parientes ni amigos, trataron de llevarla al hospicio; entonces Bamboche reunió á nuestros camaradas, y les dijo: cada uno de nosotros es demasiado pobre para adoptar una huérfana; pero en reunion somos bastante ricos para criarla. Yo doy cinco sueldos al mes, haced vosotros otro tanto, y la tia Moscou será su madre. Aceptaron su proposicion, y Marieta, desde entonces, es la hija de los Traperos. Cuando sea preciso dotarla, sus trescientos treinta y tres padres harán lo que puedan, y yo lo demas. (*ofreciéndole un polvo.*) Usted gusta?

ENR. Heróicos corazones! Por mi vida, que sin conocerlo, quiero ya á vuestro ahijado, y á todo trance deseo tener á Bamboche en mi coleccion.

MOS. Pues se quedará usted sin él, porque Bamboche rehusa pasar á la posteridad. Pobre muchacho! Antes de ayer creí que se me iba al otro mundo!

ENR. Está enfermo?

MOS. Hasta esta mañana, no le ha dado el Doctor de alta; se ha vestido un poco, y le he dejado lumbre para calentarse, y un buen puchero de tisana; pues cuando no hay mas que un ahijado, es preciso cuidarle.

ARL. (*apareciendo.*) Cómo vá el retrato?

ENR. Concluido.

ARL. (*mirándole.*) Qué feo está!

MOS. Eso mismo decia yo.

ARL. Lo malo es, que está exactísimo!

MOS. Cómo ha de ser! Lo que fuimos ayer, no lo seremos mañana. (*toma un polvo; aparece Pablo, se coloca trás Enrique, y mira el retrato*)

PAB. Bravo! Está exactísimo!

ESCENA V.

Dichos y PABLO.

MOS. Buenos dias, querido doctor!

ENR. Tú por aquí, querido Pablo!

PAB. Sí; ando en busca de mis enfermos.

MOS. Cómo ha dejado usted á Bamboche?

PAB. Bueno debe de estar, supuesto que no le he encontrado en casa.

MOS. Será posible! En la calle, cada uno está bueno, es lo natural! Pero salir antes de ser de noche... Algo de estraordinario ha pasado en casa!... Voy corriendo, para volver en seguida al almacen, en busca de Marieta. Hasta la vista, doctor; y Dios guarde á la compañía!

ENR. (*riendo.*) Cómo decia Rómulo?

MOS. Escuadron; al galope. (*vase corriendo por el fondo.*)

ARL. Cómo corre!

ENR. Como en mil ochocientos nueve; es la vieja mas admirable que he conocido!

ARL. (*cogiendo el album de Enrique.*) Y la ha retratado usted con su pipa. Voy á enseñarle á mis amigas... si me lo permitís. (*vase por la izquierda.*)

ESCENA VI.

PABLO *y* ENRIQUE.

ENR. Veo que el ilustre Doctor, solicitado por las principales damas de nuestra aristocrácia, aun no ha olvidado á su clientela de otros tiempos.

PAB. Indudablemente! Ellos fueron los únicos que se fiaron de mi inesperiencia.

ENR. Con ellos adquiriste tú gran práctica; verdad es que los asistias de balde.

PAB. Cómo me veia pobre, fuí primero médico de los desgraciados! Por gratitud ensalzaban mi nombre, y pregonaban mis curas.

ENR. Tu nombre es ya célebre!... Todos te buscan y confian en tí, y muy particularmente, en la calle del Caballero, en el palacio de Dartés, donde hace seis meses te he presentado. Esa sí que es buena clientela! El marido, antiguo corsario brasileño, posee muchos millones, y su mujer se encuentra afectada de una enfermedad nerviosa, de larga curacion. Es una mina la tal casa; además, que la señora Dartés es jóven y bella. Tu talento descubrió, que su enfermedad tenia por causa el hastío, y por eso la recetaste el paseo y la distraccion; pero la enferma temió no le diese una congoja ó un desmayo, y no quiso pasearse sino con su doctor! Por último, tu presencia ha apaciguado sus nervios. Oh! Estoy seguro de la curacion de la esposa; pero empiezo á temer por la salud del marido!

PAB. Te equivocas, Enrique; no soy su amante.

ENR. Sea en buen hora.

PAB. La esposa de Dartés es bella, y aun creo, sin presuncion, que no la soy indiferente.

ENR. Te digo que te adora.

PAB. Nada de exageracion, amigo mio. Es mas que probable, que la novela que hemos comenzado, no llegue á tener el desenlace que tú la supones. Ha habido momentos, en que creí amar á esa mujer.

ENR. Y se lo has dicho?

PAB. Comprendí que mi corazon estaba libre. Además, siempre he esperimentado una gran repugnancia por esos amores, que solo son hijos del capricho ó de la vanidad, cuya duracion solo se prolonga á fuerza de engaños y de bajezas. Hay en mi pecho un instinto de lealtad, que rechaza enérgicamente ser el amante de la mujer, cuyo marido le tiende á uno la mano de amigo.

ENR. Querido, has de saber, que no siempre es uno dueño de apagar el fuego que ha encendido. La llama que hiciste brotar, te abrasará, á no dudarlo. Madama Dartés me ha exigido palabra formal, de llevarte muerto ó vivo á su soaré quincenal, que tendrá lugar pasado mañana. Estoy seguro de que no me dejarás mal, cuando sepas que en ello vá tal vez mi existencia.

PAB. Te chanceas?

ENR. Jamás me chanceo con cosas tan sérias! No pudiendo madama Dartés hablar de tí toda la noche á su marido, me ha dado el empleo de sustituto; y cuando tú no vas, me manda llamar para quejarse de tu olvido é indiferencia, y para saber de mí lo que haces, lo que dices, y lo que piensas; y para que nadie turbe nuestra entrevista, prohibe la entrada á todo el mundo cuando estoy á su lado, hasta tal punto, que el feroz brasileño está celoso, no de tí, sino de mí. Asi es, que no me sorprenderá que el dia menos pensado, me busque camorra. Si me mata, tendrás sobre tu conciencia este homicidio. Vaya, me acompañas al bulevard?

PAB. No, porque aun tengo que visitar algunos enfermos en este barrio.

ENR. Dónde encenderé un cigarro?

PAJ. (*entrando.*) En mi pipa, si usted quiere dispensarla ese honor.

ENR. (*encendiendo*) Es bueno tener amigos, aun cuando sea en el infierno. Gracias, tio Pajero... Vamos, Pablo?

PAB. En marcha.

PAJ. Vaya con Dios el Doctor! (*aparecen varios Traperos por el fondo y saludan á Pablo.*)

TRAP. Felices dias, Doctor!

PAB. Muy buenos, amigos mios! (*vase con Enrique.*)

ESCENA VII.

PAJERO, TRAPERO, *y luego* BAMBOCHE *y* FARFALLA.

TRAP. Ea pues; ya es la hora á la cual nos han citado tan misteriosamente; no dirán que no somos puntuales á la cita; esperemos al que sea.

PAJ. Qué os sucede, que venís como lobos hambrientos?

TRAP. Es que he encontrado escrito con yeso en mi puerta, un rótulo que decia: á las seis en punto, en el bodegon de la Arlequina. Estos otros han hallado igual escrito en su ventana.

PAJ. Quién diablos os reune?

BAMB. (*presentándose agitado, y vestido de trapero.*) Yo he sido.

TODOS. Bamboche!

BAMB. Tanto he corrido, tantas escaleras he subido y bajado, que estoy muerto de cansancio. (*un trapero le presenta un banquillo.*)

FARF. (*entrando.*) Qué es lo que ocurre?

PAJ. Por qué nos has citado á todos?

BAMB. (*enseñando una carta.*) Por esta.

PAJ. Por un papel!

BAMB. Que me ha hecho correr mas que lo que que-

ria. Estaba muy tranquilo en casa de la tia Moscou, cuando de repente llaman; abro, y el cartero me entrega una carta. Como mi madrina me hace leer todas sus cartas, abro esta, y me encuentro con que era de madama Malicorne. (*se levanta y se descubre.*)

TRAP. La maestra de Marieta?

PAJ. De nuestra hija!

FARF. (*al pajero.*) Teneis una hija entre todos?

PAJ. (Ya sabrás cómo.) Y qué, está contenta con la niña?

BAMB. Tan contenta, que hoy la pone de patitas en la calle.

TODOS. A nuestra hija!

FARF. (*asombrado.*) Su hija.

BAMB. Madama Malicorne, que no ha tenido inconveniente alguno en tenerla por aprendiza durante tres años, sin gratificacion alguna; hoy, que ya es una buena oficiala, la ha dicho que busque trabajo por otro lado, y donde quiera.

PAJ. De modo que tenemos á nuestra hija en la calle?

BAMB. Lo estuvo; pero ya no lo está.

PAJ. Le buscaste colocacion?

BAMB. He decidido que Marieta viva en su casa, para que nadie tenga derecho á despedirla. Por lo tanto, acabo de tomar en traspaso una tienda.

PAJ. Y con qué?

BAMB. Con tu dinero; con el de ese, con el de aquel, con el mio, y con el de todo el mundo.

PAJ. Eso exije esplicaciones...

BAMB. Pues oidme. Hace algunos dias leí un anuncio en el Diario, que decia: se trataria amigablemente del traspaso de un obrador de florista, sitoado en el cuartel de los Inválidos, calle de Vannó.

PAJ. Detrás de la calle del Caballero?

BAMB. Justamente. Al leer el anuncio, dije para mí; esto sí que convendria á nuestra hija; no quieren á Marieta de aprendiza. pues la querrán de maestra; pego un salto, y me dirijo á todo correr á la calle de Vannó. Veo al dueño de la casa, quien me cree un loco al principio, pero al cabo me presta atencion... Pregunto las condiciones del traspaso y el precio del alquiler, y quedamos convenidos, en que se haga la escritura para firmarla mañana temprano, y pagarle por la noche dos mil quinientos francos, á fin de que pasado mañana nuestra hija sea dueña de los útiles y aparatos de su arte, y entre en posesion de un establecimiento, cuyos alquileres estan pagados por medio año. (*sentándose.*) Ahora permitidme que descanse, porque mi lengua está como mis piernas.

PAJ. Está buena! Crees, por ventura, que somos accionistas de la California! Me obligué á dar cinco sueldos al mes, y eso y no mas será lo que yo dé.

TRAP. Lo mismo decimos todos.

BAMB. Bien sabeis que esa cantidad hacen novecientos francos al año. Por esta vez doblais la oferta, y dais una anualidad adelantada.

PAJ. Pero, cómo?

BAMB. Rompiendo su hucha el que la tenga, y yendo en casa de mi tia los que no la tienen. Habeis adoptado á Marieta como á hija vuestra, y el buen padre debe establecerla, ó de lo contrario no es padre.

PAJ. Ten presente, que no bastan mil ochocientos francos, que es á lo que asciende nuestra doble anualidad adelantada. Pues hasta dos mil quinientos, faltan setecientos francos.

BAMB. (*levantándose.*) Se me olvidaba deciros, que acabo de encontrar á mi madrina.

PAJ. La tia Moscou?

BAMB. Se lo he contado todo, y al oirme, como quiere tanto á Marieta, me abrazó en mitad de la calle.

PAJ. Si no te dió mas que eso...

BAMB. Dejadme acabar. Me dijo: que si entre todos damos mil ochocientos francos, ella proporcionará el resto.

PAJ. Dices bien; es muy bueno dotar de una vez á sus hijos. Vaya, hipotecaré mi casa, y cuenta con mis seis francos.

TRAP. Voy en busca de los mios, á casa de mi tia cuyo camino conozco perfectamente. Venis vosotros?

BAMB. El que tenga buen corazon, y apruebe mi idea, que alce la mano!

PAJ. Yo levanto las dos. (*lo hace.*)

TRAP. (*alzando las suyas.*) Y yo! Y todos.

BAMB. Aprobado!

MOS. (*entrando.*) Bravo! Bien!

PAJ. Viva la tia Moscou!

TODOS. Viva!

ESCENA VIII.

Dichos y la TIA MOSCOU.

MOS. Silencio, cosacos!

PAJ. Es un tributo de gracias á vuestra virtud.

MOS. Y á mis setecientos francos, no es verdad? Son mis economías de treinta años; mas por mi Marieta, seria capaz de ponerme en tortura!

PAJ. Y cuándo se necesita el dinero?

BAMB. No es cosa del momento; es preciso prevenir á los demás y empezar la recaudacion.

PAJ. Hasta las diez de la noche no empiezan nuestras faenas; de aquí á entonces podremos reunir una gran parte, y mañana por la mañana el resto, para que pasado mañana tome Marieta posesion de su nuevo establecimiento, el cual titularemos: *Al canasto florido.* (*vanse todos.*)

ESCENA IX.

BAMBOCHE, *la* TIA MOSCOU *y luego* ARLEQUINA.

MOS. Al fin triunfaste!

BAMB. (*inquieto.*) Gracias á mi madrina... Si no hubiese sido por usted...

MOS. Pero, por qué vuelves tan á menudo la vista hácia aquel lado?

BAMB. (*sentándose á la izquierda.*) Yo? Por nada.

MOS. Mucho te debe Marieta... Has hecho por ella lo que no te has atrevido á hacer desde que te traje de Marsella á Paris; esto es, salir á la calle de dia.

BAMB. No supe lo que me hacia.

MOS. Y nadie te ha comido, imbécil!

BAMB. Cuando me ví á las ocho de la mañana en medio de la calle, entre centenares de personas, como me faltaba valor despues de vuestra tisana, he hecho lo que no habia vuelto á hacer desde la célebre noche de Marsella; esto es, achisparme un poco, bebiendo aniseta y coñac para tener valor. Oh! esta vez, lo he hecho por una buena accion!

MOS. Al fin ya eres un hombre.

BAMB. (*levantándose.*) No, madrina, soy un loco!

MOS. Un loco?

BAMB. (*bajo.*) Sabed que la he visto.

MOS. A quién?

Bamb. (*bajo y aterrado.*) A la muerta!... A la ahogada!

Mos. Quieres callarte!

Bamb. La he visto, al pasar el puente de San Miguel.

Mos. Justito!... En el agua to lavía?

Bamb. Iba en carruaje, y tan deprisa, que al gritar yo, es ella, medio me desmayé; y al volver en mí, no ví nada.

Mos. Vaya, déjate de visiones, y pensemos en que Marieta vá á ser feliz dentro de poco.

Bamb. Alguien viene.

Mos. Es la Arlequina.

Arl. (*apareciendo.*) Señor Bamboche, ahí preguntan por usted, para llevarle á casa del Comisario.

Bamb. (A casa del comisario!)

Mos. La Arlequina se engaña; no preguntan por tí.

Arl. Si tal; y le están esperando.

Bamb. (*temblando.*) Y quién es quien me espera?

Arl. Un sargento de villa, que á no dudarlo, debe ser marsellés.

Bamb. (*bajo.*) Un marsellés! Estoy perdido!

Mos. Por qué tiemblas así? Yo te acompañaré.

Bamb. (*bajo.*) No quiero que os comprometais. (*alto.*) Arlequina, dame un vaso de vino.

Arl. Lo quiere usted dulce?

Bamb. Al contrario, trae de lo mas fuerte que haya. (*sale Arlequina, y vuelve con una botella y un vaso.*) Cuando yo temia al sol, razon tenia. (*bebe dos vasos de vino.*)

Mos. (*quitándole la botella y el vaso, y dándoselo á Arlequina.*) Qué te vas á embriagar!

Bamb. No temais, esto me dará valor! Madrina, dadme un abrazo, y adios. (*á Arlequina.*) No dejes salir de aquí á mi madrina. (*medio ébrio.*) Me basto conmigo mismo. (*vase.*)

Mos. No quiero que vayas solo; su cabeza está para decir desatinos.

Arl. Tranquilícese usted; juraria que sé por lo que le vienen á buscar. Se trata de una mujer.

Mos. Quién te ha dicho tal cosa?

Arl. Me la han dado á guardar, y la tengo en mi bolsillo. Tomadla; llevádsela al Comisario (*le entrega una tarjeta con un retrato.*)

ESCENA X.

La Tia Moscou.

Mos. Qué es lo que me ha dado? Una tarjeta! Con el retrato de una mujer! Misericordia! Si es la bella catalana! Al menos muy parecida! Si tal, es una rica señora, que se parece á una pobre muchacha... Una buena mujer, que se parece á otra mala... (*se oye la voz de Bamboche.*) Bamboche vuelve, no cabe duda.

ESCENA XI

La Tia Moscou *y* Bamboche.

Bamb. (*muy alegre.*) Madrina, madrina, ya estoy de vuelta.

Mos. Y el comisario?

Bamb. Venia de parte de un ricote de la calle del Caballero, á quien yo habia entregado una cajita que perdió en la semana anterior. Deciais bien, madrina; lo del coche era un sueño; lo del puente de San Miguel, otro. Canario que calor hace! Mi estómago parece una hoguera. Necesito dormir, tengo sueño. (*se echa sobre el banco; es de noche.*)

Mos. (*guardando la tarjeta.*) Quién le enseña este retrato en el estado en que está! (*dan las ocho.*) Las ocho, y Marieta habra salido del almacen. Voy corriendo á buscarla.

ESCENA XII.

Bamboche, Traperos; *luego* Pajero *y* Farfalla.

Trap. Qué tal ha sido la recaudacion?

Paj. Escelente.

Bamb. (*levantandose.*) Quién vá? Ah! No sabia dónde estaba.

Gritos. (*fuera.*) Deteneos! Deteneos!

Trap. Que pasa?

Farf. (*apareciendo.*) Es un coche que ha atropellado á una jóven, que conducen aquí.

ESCENA XIII.

Dichos, Pablo *y* Marieta.

Todos. (*al ver á Marieta desmayada en brazos de Pablo.*) Marieta!

Bamb. Nuestra hija adoptiva?

Paj. Sí, nuestra hija, á quien han atropellado.

Pab. Tranquilizaos, yo pude detener los caballos, y ni aun casi está herida; traed un poco de agua.

Bamb. Agua, Arlequina, agua! (*entra Bamboche en el figon; Pablo sienta á Marieta en un banco, y la sostiene, rodeado de traperos.*)

Pab. Ya vuelve en sí.

Paj. Hija nuestra, tranquilízate!

Mari. Quién me ha salvado?

Paj. Nuestro Doctor, nuestro mejor amigo!

Mari. Gracias, Dios mio! Sino es por él, soy muerta. (*gritos fuera.*)

ESCENA XIV.

Dichos y Teresa, *entra rodeada de mujeres que la enseñan á* Marieta *y la reconvienen.*

Ter. Qué ha ocurrido? Todo ello no ha sido mas que un susto; no es verdad, caballero?

Pab. Efectivamente.

Ter. (*sorprendida.*) Cómo, señor Doctor, es preciso atropellar á las gentes para encontrarle á usted? (*á Marieta.*) Todo lo que os he hecho, ha sido estropearos el vestido... Tomad para otro. (*le dá una bolsa.*)

Mari. Señora! (*se levanta, deja caer la bolsa, y Pablo la recoje.*)

Paj. Sabed que nuestra hija no es ninguna mendiga.

Pab. (*bajo, dando la bolsa á Teresa.*) Una palabra cariñosa valdrá mas que vuestro oro, señora!

Ter. Ya nada teneis que hacer aquí, y espero que me deis el brazo hasta el carruaje.

Pab. Estoy á vuestras órdenes, señora.

Paj. Cómo, Doctor, nos abandonais?

Pab. Vuelvo en seguida. (*al ir Pablo á dar el brazo á Teresa, sale Bamboche con un jarro de agua, y tropieza con ella.*)

Bam. Aquí está el agua! Cielos, es ella! (*deja caer el jarro, le rompe, y mancha el vestido de Teresa.*)

Ter. Imbécil! (*se rien, y Bamboche, asustado, vá á caer sobre un taburete.*)

Bam. Mi aparicion del Puente de San Miguel! (*Teresa sale del brazo de Pablo, sin reparar en Bamboche.*)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

El gabinete de Teresa. El teatro representa una sala elegante; puerta al fondo y laterales; ventana á la izquierda; chimenea a la derecha, y una mesa en medio; dos canapés y dos sillas alrededor; dos lamparas encendidas sobre la chimenea; un candelabro encendido sobre una mesita que habrá junto á la ventana.

ESCENA PRIMERA.

José, *y luego* Justina.

José. (*medio tendido en un canapé, leyendo un periódico. Se oye llamar la campanilla de la puerta.*) Llama, llama! Si crées que he de incomodarme, chasco te llevas. Veamos la cotizacion de hoy. (*se oye otro campanillazo.*) Qué imprudencia! No dejarle á uno que lea tranquilamente los periódicos! Este folletin parece interesante! (*un nuevo campanillazo.*) Rompe la campanilla, y acabarás de una vez.

Just. (*entrando.*) Pero José, no oyes que te llama la señora?

José. (*sentado.*) Allá voy.

Just. Ya lo veo!

José. Qué diablos se le ocurre ahora?

Just. Las flores que debe llevar esta noche al baile, y que no las han traido todavía.

José. Y yo, qué tengo que ver con eso?

Just. Sí? Pues de buen humor encuentras á la señora!

José. Siempre está lo mismo!

Just. No fuiste á buscarlas en casa de la florista?

José. No por cierto; á buen seguro que no la espera mala cuando vuelva! Oh! Si madama Dartés se atreviese á amenazarme alguna vez, se habia de acordar del santo de mi nombre. Aun cuando yo no sea mas que un criado, no por eso pierdo mi dignidad. (*se levanta.*)

Just. Vaya señor José, cuando uno sirve, no debe acordarse sino de las utilidades. Si la señora es insolente, su marido es generoso; si la señora grita, él paga bien. Oh! si la señora me faltase alguna vez, caro le habia de costar á mi amo. Venga ese periódico.

José. Tampoco hay mucho que fiar en el amo! Segun me dijo el otro criado, en el Brasil estrellaba con la misma facilidad á un hombre, cuando se le subia la sangre á la cabeza, cual si fuese una mosca.

Just. Aquí no estamos en el Brasil, y el salvaje se habrá civilizado.

José. Además, que no me gusta eso de no saber á qué clase de gentes sirve uno. Este diablo de Paris en habiendo dinero, y gastando con ostentacion, nadie se ocupa de averiguar quién es, ni de dónde viene.

Just. Digas lo que quieras, yo estoy segura de que el señor es un escelente sugeto.

José. Y la señora, qué es?

Just. A juzgar por sus gestos y palabras, poco convenientes para una señora de su rango, apostaria el salario de un año, á que la señora baronesa no ha sido mas que una costurera de tres al cuarto, con mucha sagacidad para engañar á los hombres.

ESCENA II.

Dichos y Mas *que viene por el fondo.*

José. (*á Justina.*) Silencio!

Mas. (*entrando.*) Está visible la señora baronesa?

Just. No lo puedo decir á usted; pero el señor baron está en su despacho.

Mas. Es con la señora con quien tengo que hablar; anúnciela usted que está aquí su agente de negocios.

José. (*bajo á Justina.*) Es el mismo que vino la semana pasada, y segun me dijo el portero, es un pillo solapado. (*vase por la derecha.*)

ESCENA III.

Dichos y Teresa.

Ter. (*precipitadamente.*) Y mis flores, que hace dos horas las estoy esperando?

Just. Tom, que es el encargado de recogerlas, aun no ha venido. Aquí esperan á la señora baronesa.

Ter. (Será él sin duda!)

Mas. (*presentándose y saludando.*) Tengo el honor....

Ter. (*disgustada.*) Ah!

Mas. Si molesto...

Ter. (*hace una seña á Justina para que se vaya; esta se vá por el fondo.*)

Mas. Solo tengo cuatro palabras que decir á la señora baronesa.

Ter. Me habeis sido recomendado, como un hombre hábil y discreto.

Mas. Solo me encargo de negocios difíciles y delicados.

Ter. Ya os habrán dicho tambien, que no escatimo la recompensa.

Mas. Señora, estoy á sus órdenes. (*sacando un papel de la cartera que trae debajo del brazo.*) He examinado, como me lo habeis encargado, la donacion que os ha hecho vuestro esposo, y está tan en regla, que puede surtir sus efectos lo mismo en Francia que en el Brasil. Teneis derecho para vender, comprar, hipotecar, y ceder.

Ter. Está bien.

Mas. Estoy á vuestra disposicion.

Ter. No podríais proporcionarme un pasaporte para el estranjero, bajo un nombre supuesto?

Mas. Os repito que soy todo vuestro.

Just. (*entrando con una caja.*) Aquí estan las flores para la señora baronesa.

Ter. Está bien! Señor Mas, hasta la vista.

Mas. Esa muchacha parece mujer de provecho... (*saludando*) Señora... (*vase.*)

Ter. (*á si misma.*) Al fin podré romper mis cadenas. Si el me amase tanto como yo le amo. (*á Justina.*) Qué haceis ahí?

Just. Esperando las órdenes de la señora baronesa.

Ter. (*para si.*) Vendrá esta noche? No le encuentro el mismo que era antes; cualquiera diria, que huye mi presencia... Sin embargo, si examino... Oh! la duda y la ansiedad me van á volver loca.

Just. No me riñe!... Esto vá mal!

Ter. (*mirándose al espejo.*) Dios mio! Estoy horrible! Este adorno no me sienta bien. (*poniéndose las flores, y con cólera.*) Justina!...

Just. Señora? (Ya empieza lo bueno.)

Ter. A ver si me poneis estas flores con gracia.

Just. Haré lo que pueda. (*colocándoselas.*)

Ter. Asi no... de otro modo... vais mal... Sois una torpe!

Just. Señora...

Ter. Una imbécil!

Just. Yo, señora?

Ter. Una impertinente ..

JUST. Pe̓ro, señora...

TER. No me repliqueis! (*la dá con el abanico en la mano.*)

DART. (*entrando por el fondo.*) Teresa...

JUST. (*fingiendo llorar.*) Ah! Señor, señor!

DART. (*con amabilidad.*) Vamos, calla y vete.

JUST. (El abanicazo me vale descientos francos lo menos.) (*vase.*)

ESCENA IV.

TERESA *y* DARTÉS.

TER. (*sentándose.*) Encuentro de muy mal gusto, caballero, el que intervengais en mis cuestiones con los criados.

DART. Teresa mia, solo debemos tener cuestiones con nuestros iguales; y á los criados que no cumplen con su deber, se los despide sin humillarlos, aunque no sea mas que por respeto á nosotros mismos.

TER. Tratais de darme lecciones, caballero?

DART. No tal!

TER. Sienta muy mal la moral en vuestra boca, puesto que habeis sido corsario, y mandado azotar mas de una vez, á vuestros marineros y esclavos.

DART. Os suplico no me recordeis jamás mi pasado.

TER. Por temor de no tener que recordarme el mio; no es cierto?

DART. Bien sabeis, Teresa, que os amo demasiado para afligiros y ofenderos. Verdad es que en otro tiempo fuí algo irascible y violento. El sol abrasador de mi país, habia tostado mi carne y enardecido mi sangre; los multiplicados peligros de una vida aventurera, habian endureci lo mi alma, y algunas veces tuve la ferocidad del tigre, contra el cual luché cuerpo á cuerpo mas de una vez. Desde que os he conocido, Teresa, y desde que os amo, la sonrisa no se aparta de mis labios, y mi corazon solo brota pensamientos generosos y nobles! Embelleced siempre mi vida, Teresa! (*la besa la mano.*)

TER. (*mirando el reloj.*) (Si vendrá?)

DART. Cuán bella sois, esposa mia!

TER. (*levantándose.*) Sí? Pues yo me encuentro horrible!

DART. Coquetilla!... A próposito, no sabes una cosa?

TER. Cuál?

DART. Que segun dicen, estoy muy enfermo.

TER. Vos?

DART. Acaba de decírmelo el doctor Verdier.

TER. Él!

DART. Me asegura, que para curar las horribles palpitaciones que padezco, necesito dejar á Paris inmediatamente, y establecerme, durante algun tiempo, en Niza. Qué os parece, Teresa?

TER. No me parece mal... Si vuestra salud lo exije.

DART. Gracias, querida mia! Primero sois vos; reina de la moda, necesitais vivir en París, entre sus bailes, sus teatros y sus paseos. Vuestra juventud y belleza así lo exigen. Oh! No saldremos de París aun cuando me cueste la vida!

TER. Dartés...

DART. No creais que por eso me sacrifique; los temores de nuestro buen Doctor, son algo exagerados. Vereis, esta noche nos vamos á reir de él, en grande!

TER. (*vivamente.*) Le esperais?

DART. (*sorprendido.*) Así lo creo.

TER. (*conteniéndose.*) Con su amigo, tal vez?

DART. Con el fátuo de Enrique?

TER. (Solo sospecha de él!) (*alto.*) Veo que Enrique os desagrada, al paso que yo le encuentro muy simpático. Sabed que es mi mejor pareja.

DART. Juraría que os hace la corte!

TER. Qué tendría eso de estraño? (*con coqueteria.*) Me creeis tan fea?

DATR. Si tal supiera, haría con él lo que con esta silla. (*se levanta y la tira.*)

TER. Bravo, señor filósofo! Ese sitial está en desgracia! Yo le rompí el otro dia encolerizada con Justina; vos acabais por destrozarle. (*se sienta á la izquierda y rie á carcajadas.*)

DART. Teresa, esa risa me hace daño; sabed que lo que digo es muy sério.

TER. (*remedándole.*) Desde que os conozco, Teresa, y desde que os amo, la sonrisa no se aparta de mis lábios, y mi corazon solo brota pensamientos nobles y humanitarios! Esto es lo que me deciais hace un instante, caballero.

DART. Teneis razon; perdonadme; pero tengo tal aversion á esos galanes de sala, que profanan vergonzosamente el amor, y juegan con la amistad y el reposo de las familias, que solo el recordarlo me horroriza y enfurece.

TER. Cuán desapiadadamente juzgais á esos necios que suspiran por nosotras! Ved que la ternura se eclipsa en vos fácilmente.

DART. Estoy celoso, y desgraciado del que osára... Creedme, le haría pedazos! (*Teresa se conmueve.*) Os aterrais, no es verdad?

TER. Quién no se aterra con tales amenazas! Además no será una dueña de dirigir la palabra á ningun hombre, por temor de que le creais nuestro amante!

DART. Descuidad, que sé distinguir la ilusion de la realidad!

TER. De verás? (*con aire burlon.*)

DART. Todos cuantos os rodean, conspiran contra mi honra. Solo hay uno que sea noble y leal; ese es Pablo Verdier.

TER. Pobre hombre!

DART. Ya es hora de que los convidados vayan viniendo; vamos, reina mia, id á recibir á esa córte de admiradores, y no me echeis en cara si miro con desden á esa turba de impertinentes, que me priva del placer de estar á vuestro lado.

TER. (Si no vendrá esta noche!)

DART. Antes de ausentarte, dime, Teresa, si me amas.

TER. Si; os amo! (*con sequedad.*)

DART. Lo decís de una manera...

TER. Cómo quereis que lo diga? (*id.*)

DART. No os he hablado, hace tiempo, de uno de mis mejores amigos, llamado Sandoval, que salió del Brasil antes de nuestro casamiento? Hoy ha venido agregado á la embajada de Francia, y le he ofrecido presentárosle esta noche, ante nuestra reunion.

JOSÉ. (*desde dentro.*) El señor de Sandoval.

DART. No os lo dije? Ahí le teneis. Que pase al salon. Dispensadme, amiga mia, si os dejo sola un momento para recibirle. (*vase.*)

ESCENA V.

TERESA, *sola.*

Qué tormento tan insufrible! Oh! me moriría si no arrojára cuanto antes esta máscara enfadosa! Tener que fingir amor, cuando otro objeto llena nuestra alma! Gente llega... Quién?... Es el!... Ce-

razon, rompe tu balla, y busca tu vida, aunque hayas de encontrar tu muerte.

ESCENA VI.

TERESA, *y* PABLO.

PAB. Señora! (*saludando.*)

TER. Sois vos, amigo mio? No es poca dicha tener la ventura de veros, cuando tanto abandonais á las personas que se interesan por vos.

PAB. Mis continuas ocupaciones...

TER. No busqueis disculpas, que solo servirian para poner en claro vuestra ingratitud.

PAB. Creeis vos, señora, que soy ingrato para con el señor Dartés?

TER. Es decir, que el señor Dartés, es el único que tiene derecho aquí á las muestras de vuestro aprecio?

PAB. Perdonad; él es, al menos, á quien debo mis primeras atenciones, como cabeza de familia y como persona que me distingue con una confianza de que jamás abusaré. (*muy marcado.*)

TER. Gracias, caballero, por vuestra lisonja.

PAB. Os he enojado quizás...

TER. Sin duda el profundo estudio que habeis hecho del cuerpo humano, os ha robado la inteligencia para leer en el alma; si asi no fuera, hubiéseis comprendido que no podeis enojarme, ni causarme ofensa, sino dolor.

PAB. No os entiendo. (*sin querer entender.*)

TER. No quereis entenderme.

PAB. Os juro, señora, que no alcanzo á comprender...

TER. Sois demasiado cruel, Pablo. Os negais á ayudarme á salir de una posicion violenta y penosa, que vos mismo habeis creado.

PAB. No recuerdo haber dado lugar... mis respetos siempre para con vos...

TER. Respeto! Por qué disfrazais la verdadera palabra? Decid vuestra indiferencia, vuestro desprecio.

PAB. Señora, permitid que me retire... Tiemblo de comprender...

TER. Teneis razon; no es el momento oportuno; necesitamos esplicarnos los dos, y para ello os habia escrito mandándoos llamar.

PAB. Perdonad que acuse de imprudencia un paso que á nada conduce.

TER. Rechazareis mi invitacion?

PAB. Ignoro en qué términos estaria concebida.

TER. Cualquiera que fuese, suplicaba una señora.

PAB. Terminemos esta entrevista.

TER. Debo renunciar á que acepteis mi carta? (*sacándola.*)

PAB. Perdonad si rehuso.

DART. (*presentándose en el foro.*) Baronesa.

TER. Tomad! (*con imperio y recatándose.*)

DART. (Que es esto!) (*viendo el juego.*)

TER. Me buscábais? (*saliendo al encuentro, muy jovialmente.*)

DART. Señora, en el salon os reclaman vuestros convidados; permitidme que os conduzca.

TER. Estoy á vuestras órdenes.

DART. Dispensad, señor Doctor, y tened la bondad de esperarme. (*vanse.*)

ESCENA VII.

PABLO *solo.*

No sé por qué razon, sospecho un fatal desenlace á tan arriesgada imprudencia; y no obstante, he obrado como debia. Cómo comprometerla? Cómo dar ocasion á que el señor Dartés hubiese notado... hice mal en venir aquí. Oh! yo terminaré esta lucha, y dejaré á salvo mi honor. Él, me ha dicho que le espere. Qué podrá quererme? Le oiré, y correré en busca de la baronesa para devolverle esta carta, que no debo abrir siquiera.

ESCENA VIII.

Dicho y DARTÉS.

DART. Señor Pablo Verdier?...

PAB. Ah! (*arrugándola.*)

DART. Caballero, la baronesa os ha dado una carta?

PAB. Ciertamente.

DART. Ya veo que la teneis en la mano; tened la bondad de dármela.

PAB. Jamás!

DART. Me la dais, ú os la arranco de entre las manos?

PAB. Caballero...

DART. Vos no me conoceis!

PAB. Vuestras sospechas son injustas; esta carta no está escrita por ella.

DART. Pues por quién?

PAB. Por mí.

DART. Por vos?

PAB. Lo he dicho, por mí!

DART. Infame!

PAB. Esta carta, que osé dirigir á vuestra esposa en un momento de estravío, no ha sido leida, y me la han devuelto sin abrirla.

DART. Conque segun eso, el hombre en cuya lealtad yo confiaba, se ha deslizado cobardemente en mi casa, para robarme la honra! Oh! Es preciso que yo lea esa carta, que reclama vuestra sangre!

PAB. Eso. nunca!

DART. Os la pido por última vez!

PAB. Esta es mi última respuesta. (*Pablo quema la carta en una bujía, y ardiendo, la tira por la ventana.*)

DART. Os mataré, miserable!

PAB. Estoy á vuestras órdenes; pero os suplico eviteis un escándalo, que perjudicaria la honra de vuestra casa.

DART. Mi honra! Sí, teneis razon. (*aparece Teresa acompañada de varios convidados.*)

ESCENA IX.

Dichos, TERESA, ENRIQUE *convidados.*

TER. Sabeis que sois culpable de lesa galantería? No ois que están tocando la polka mazourca, que debíais bailar conmigo?

ENR. Mil veces perdon, señora baronesa.

TER. (*mirando á Pablo y Dartés.*) (Juntos!) (*alto, y con ironia.*) Qué complot tienen ustedes entre manos?

DART. (*con ironia.*) Estamos casi riñendo. El Doctor insiste en que yo salga de París, y le digo, que por nada en el mundo dejaré un pais, donde he encontrado tantos corazones leales y amigos tan honrados!

TER. (Respiro! Nada sospecha!) (*alto.*) Volvereis al salon, señores?

DART. Todavía no; el Doctor me debe una rebancha, no es verdad?

PAB. Ciertamente.

DART. Vamos á jugar, de un modo infernal! Sandovál, será mi padrino. Y Enrique será el vuestro, Doctor, en cuanto termine la polka.

ENR. (Comprendo!)

TER. (*á Dartès.*) Os deseo buena suerte. Vamos, señores. (*sale con Enrique.*)
PAB. (Me pierdo, pero la salvo!)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

MUERTA Y VIVA.

El teatro representa la trastienda del almacen de Marieta; al fondo puertas vidrieras que comunican con la tienda; á la derecha, en primer término, una escalera que conduce al entresuelo; puerta al fondo, á la derecha, que comunica con la cocina, mesa de trabajar, sillas y sillones.

ESCENA PRIMERA.

PAJERO, *luego* LA TIA MOSCOU.

PAJ. (*entrando por la puerta del fondo.*) No hay nadie en la tienda! Ya se conoce que es domingo! Por dónde anda la tia Moscou?
MOS. (*saliendo de la cocina.*) En la cocina. (*aparece con gorro blanco; camisa de color de manteca, jubon oscuro, delantal blanco, y un cucharon en la mano.*) Ola! eres tú, galopin?
PAJ. Habeis dejado el cargo de enfermera, para dedicaros á las marmitas?
MOS. Gracias al cielo, que despues de un mes que llevé confeccionando tisanas y sinapismos, he empezado á hacer caldos.
PAJ. Y qué tal el enfermo?
MOS. La herida está cerrada. Ayer se levantó por primera vez, y esta mañana se encontraba perfectamente. Vuelvo en seguida. (*vase un momento á la cocina.*)
PAJ. Tal curacion honra á vos y á vuestra casa.
MOS. (*sin el cucharon.*) Si nuestro buen Pablo no hubiese tenido otra enfermera que yo, á estas horas estaria donde mis tres maridos. Una noche, la sangre estuvo á punto de ahogarle; yo estaba cerca de su cama, y era tal el sueño que cojí, que sino es por Marieta, aquella noche sucumbe. Habeis de saber que Marieta, tan tímida y aturdida como todas las de su edad, se ha vuelto una heroina, para arrancar de los brazos de la muerte á su bienhechor, á su hermano, al que ella ama, en fin.
PAJ. Cómo! Marieta le ama?
MOS. (*bajando la voz.*) Estoy segura de ello; bien sabeis que soy práctica en materias de amor. Tres maridos tengo bajo de tierra.
PAJ. Y no pensais que el señor Pablo se avergüence de unir su suerte con la protegida de los Traperos?
MOS. Tú tambien te has vuelto tan caviloso y suspicaz como Bamboche, el cual no sé que enredijos traerá entre manos, pues no hace cinco minutos que entró aquí como un cohete, abrió el armario, sacó el lio de papeles que la madre de Marieta nos dejó al morir, y echó á correr con ellos, como alma que lleva el diablo.
PAJ. Ese mismo tiempo hará que le ví hablar con un caballero muy bien vestido.
MOS. Justamente! Es el mismo sujeto que ha servido de testigo en el duelo con el señor Dartés, á quien Dios confunda, y que ha venido con frecuencia á saber del herido. Qué negocios tendrá Bamboche con ese hombre?
PAJ. Juraria que cuanto hace y maquina, todo ello es en favor de Marieta.
MOS. Calla, que aquí viene, dando el brazo á nuestro herido. Qué buena pareja hacen!

ESCENA II.

Dichos, PABLO *y* MARIETA.

MARI. (*bajando lentamente la escalera del entresuelo.*) Bajad despacito.
PAB. No temais, estoy bien. (*vacila.*)
MAR. Veis cómo aun necesitais de mi apoyo?
PAB. (*á la tia Moscou y Pajero.*) Buenos dias, queridos amigos.
MOS. (*sentándole en un sillon.*) Vuestra servidora, señor Pablo.
PAJ. No sabeis cuánto placer tenemos todos al saber que ya estais bueno.
PAB. Cuándo se celebra el casamiento de Arlequina?
PAJ. Lo hemos dejado para esta noche, si es que os encontrais en disposicion de asistir á la funcion.
PAB. Tendré en ello una verdadera satisfaccion.
PAJ. Farfalla se casó esta mañana con Arlequina, y esta noche quieren celebrar su boda, y vuestra pronta curacion.
PAB. (Pobres gentes, cuán buenos son!)
PAJ. Así, pues, hasta la noche á las ocho, hora en que todo estará dispuesto, como conviene en tales casos.
PAB. (*sonriendo.*) Yo tambien debo pensar en acicalarme un poco. Quereis tener la bondad de buscarme un coche, para que me conduzca á mi casa.
PAJ. Voy en seguida
MOS. (*bajo á Pajero.*) No te muevas.
PAB. No debo abusar por mas tiempo de vuestra generosa hospitalidad.
PAJ. Decis bien, una cosa es cuando se está enfermo y otra estando bueno; dilatarlo por mas tiempo seria dar que hablar, y comprometer á la tia Moscou.
MARI. El señor tiene razon, debeis iros á vuestra casa.
MOS. Permitid que antes coloque en un cajon, cuantos efectos os trajo el amigo Enrique. Mientras tanto, irá Pajero á buscar un carruaje.
PAJ. Voy corriendo á la calle de Babilonia, donde siempre los hay.
MOS. (*bajo.*) No le traiga.
PAJ. Por qué?
MOS. Tengo mis razones. (*alto.*) Corre como un gamo, hijo mio... (*bajo.*) y vuelve como una tortuga. (*vase Pajero.*)

ESCENA III.

MARIETA, PABLO *y* LA TIA MOSCOU.

MOS. Voy á buscar los cachibaches de nuestro desertor.
MARI. El señor Pablo leerá entretanto, y yo terminaré estas flores, que debo entregar mañana.
MOS. Muy bien dicho; cada uno á su oficio. Esto me recuerda mis escenas con el difunto Grabussot. Valiente marrullero estaba él! (*sube al entresuelo.*)
PAB. (*con un libro en la mano.*) (No debo dejarla así.)
MARI. (*mirando las flores.*) Cuándo le volveré á ver!
PAB. Marieta!
MARI. Señor Pablo?
PAB. Por repentina que os parezca mi marcha, no debeis dudar de mi gratitud. Os juro que esta será eterna!
MARI (*como dudando.*) (Eterna!)

PAB. Y vos, Marieta, recordaréis las felices horas que hemos pasado juntos?

MARI. (La pobre huérfana, quedará en breve sola con sus recuerdos.)

PAB. (*acercándose.*) Marieta!

MARI. (*levantándose.*) Me parece se acerca el coche.

PAB. Afortunadamente no lo es, y me alegro, pues tengo mil cosas que deciros. Os debo tanto, Marieta!

MARI. No sois vos quien espuso su vida, por socorrer á una desconocida que pasaba por vuestro camino?

PAB. Desconocida, nunca, Marieta! Mi corazon y mis ojos os conocian ya; recordad cuántas veces os he visto á la cabecera de mis pobres enfermos! Quién os vé una vez, os ama toda la vida. Además, habeis sido mi ángel guardian, y si no hubiera sido por vos, tal vez á estas horas me hubiese precipitado en un abismo de perdicion. Asi pues, Marieta, me es imposible renunciar á no veros. Si me lo permitis, vendré todos los dias.

MARI. (*levantándose.*) Señor Pablo, decia bien nuestro amigo hace un instante... debemos separarnos!

PAB. (*levantándose.*) Oh! No puedo partir sin deciros antes...

MARI. Qué?

PAB. Que os amo de corazon.

MARI. (*aparte, con júbilo, y cayendo en el sillon.*) Me ama! Gracias, Dios mio!

MOS. (*apareciendo en la escalera y oyéndolo.*) Vamos, ya se esplicó, creí que tendria yo misma que hacer la declaracion!

PAB. Cómo! Habíais adivinado?...

MOS. La cosa era difícil de adivinar!

PAB. Sí, Marieta, vos sereis mi esposa! (*á sus piés.*)

MARI. Yo su esposa! Oh! eso es imposible! No tengo familia ni nombre.

MOS. Por eso quiere darte el suyo el Doctor, ya que no tienes mas que el de tu pobre madre, que murió de pesares!

PAB. La tia Moscou dice bien; conozco la triste historia de la señora Morel, y jamás dejaré de tener un profundo respeto á la que aceptó noblemente una vida llena de miserias, antes que deber nada á la piedad del desgraciado que la habia abandonado.

MARI. Pablo, no condeneis al hombre que mi madre no acusó una vez en su vida, y cuyo nombre murmuró al espirar, sonriéndose al pronunciar Rafael!

PAB. (*á la tia Moscou.*) No me dijisteis que era un estranjero? Recordais de qué pais?

MOS. No recuerdo... Bamboche lo sabrá sin duda.

PAB. Despues de muerta la señora Morel, no se hicieron ningunas diligencias para averiguar dónde paraba?

MOS. Quién sabia dónde se habia escondido un hombre que se llamaba Rafael á secas? Como si no abundasen los Rafaeles en el mundo! Además á qué empeñarse en buscar, á quien tiene interés en no parecer? Solo á Bamboche pudo ocurrírsele una cosa como esa! A qué buscar un padre, á quien tiene trescientos treinta y tres á cual mejores?

MARI. Ya os enseñaré las cartas de mi padre, dirigidas á mi madre; y por ellas juzgareis mejor del hombre que las escribia.

PAB. Por mi parte no omitiré diligencia alguna para descubrir un secreto que tanto nos interesa. A pesar de todo...

MOS. Será en breve la señora Verdier, no es eso? Pero antes de nada, es preciso pedir su mano á los que hoy son sus padres. Justamente aquí viene uno, y el mas solícito de todos. (*se presenta Bamboche.*)

ESCENA IV.

Dichos, BAMBOCHE.

BAMB. (*corriendo.*) Buenos dias, Marieta! Felices, madrina! A vuestras órdenes, señor Pablo.

MOS. De dónde vienes tan corriendo?... Merecias que... (*le amenaza.*)

BAMB. Que os abrazára? (*la dá un abrazo.*) (*bajo.*) Madrina la cosa marcha.

MOS. Llegas á tiempo, porque tienen que pedirte una cosa.

BAMB. El qué?

MOS. La mano de Marieta para nuestro amigo Pablo. Creo no negarás tu consentimiento?

BAMB. Ya le teneis, si le solicita Marieta.

MOS. Estamos acordes; solo falta que Marieta tenga un padre, para conducirla al altar.

BAMB. Que elija el que quiera... el mas viejo por ejemplo.

MARI. No por cierto! Elijo al que mi corazon ha preferido siempre!

MOS. No adivinas quién es, masca granzas?... Tú, hombre, tú!

BAMB. Yo? Quereis que en mitad del dia, y ante todo el mundo, os dé mi mano! Imposible! Eso no puede ser! Mi madrina sabe bien que no puedo aceptar.

PAB. Y por qué no? Sin ofender á ninguno, vos sois el mas digno de tanta distincion.

BAMB. No digais tal, pues me hareis confesaros...

PAB. El qué?

MOS. Quieres callar?

BAMB. No quiero engañar á mis amigos, ni robarles su estimacion. Sabeis por qué no salgo mas que de noche? Pues os lo voy á decir... Porque soy un malvado!

MOS. No le creais; no dice verdad!

MARI. No sabe lo que se dice.

PAB. Amigo mio, qué temeis?

BAMB. A la justicia.

PAB.
MARI. } Vos!

BAMB. Yo mismo.

PAB. Y por qué?

BAMB. Porque soy un asesino! Porque ahogué á mi mujer!

PAB. Será cierto! (*á la tia Moscou.*)

MOS. Sí; pero que os diga la causa.

BAMB. Yo era un buen muchacho, y á fuerza de trabajo, habia reunido un capitalito; pero el diablo hizo, que me enamorase de la mas linda catalana que habia en Marsella, y que me casase con ella.

MOS. Valiente perezosa, coqueta y gastadora!

BAMB. Es verdad! Pero estaba loco de amor! Yo trabajaba dia y noche por pagar las deudas que ella adquiria; mientras perdia la salud por atender á todos sus gustos y caprichos, ella me engañaba á sabiendas de todo el mundo, menos de mí. Una noche, que sin duda bebí mas de lo que era costumbre, subo á mi habitacion, y en vez de hallar á mi mujer en ella, encuentro en la sala una charretera de oro. Loco de ira y de celos, mi informo de su camino, y echo á correr en su busca fuera de la ciudad, á orillas de la mar. Me dirijo hácia ella, me reconoce, y quiere huir... ya era tarde! Mi mano

asió la suya fuertemente; pero al desasirse de la la mia, cayó al mar, á donde yo mismo la arrojé, segun despues he podido presumir.

Mos. Por menos motivo que ese, me hubiera descuartizado mi Rómulo.

Bamb. De repente veo flotar una cosa blanca sobre las olas... creo oir su voz... la voz de mi mujer, y me arrojo á la mar para salvarla!

Mari. Nunca he dudado de vuestro buen corazon!

Bamb. No queriendo sobrevivirla, resolví quitarme la vida: cuando iba á verificarlo, encontré á mi madrina, que se apodera de mí con todas sus fuerzas, y quieras que no, me conduce á París, en donde en vez de vivir tranquilo, me oculta hasta del sol, por temor á la justicia. Ahora que ya sabeis mi secreto, juzgarme si quereis.

Mos. Es cierto que fuiste la causa de una desgracia, pero quién sabe lo que habrá ocurrido! Las malas mujeres son como los gatos; caen sobre las uñas, y no se lastiman.

Pab. Lo que todos saben es, que por salvar la vida de la mujer que tan villanamente se portó con vos, pusísteis la vuestra en peligro.

Bamb. Ya nos hemos ocupado de mí bastante tiempo; tengo que ir muy lejos de aquí, para ocuparme de Marieta.

Mos. Y te vás sin decirnos una palabra?

Bamb. Solo puedo deciros, que el asunto marcha perfectamente. (*bajo á Pablo.*) Cuando vuelva, os entregaré una cosa, señor Pablo; sabed que en la calle no solo se encuentran trapos viejos, sino objetos de mayor interés. Hasta la noche! (*al salir tropieza con Enrique.*)

Enr. Ay!

Bamb. Os hice mal?

Enr. (*frotándose.*) Al contrario...

Bamb. Me alegro que seais vos, señor Enrique! Veo que lo que á otro le hubiera hecho daño, á vos os causa bien. Hasta mas ver. (*vase corriendo.*)

Mos. Vuestra servidora señor artista! Ven, niña; dejemos á estos señores hablar á sus anchas. Estaremos á la mira, para avisaros así que venga el carruaje. (*vanse los dos.*)

ESCENA V.

Pablo *y* Enrique.

Enr. Felizmente ya estamos solos.

Pab. Qué tienes para tanto misterio?

Enr. Que Teresa Dartés está de vuelta.

Pab. Imposible!

Enr. Basta decirte, que acaba de estar en mi casa.

Pab. En tu casa?

Enr. No soy su confidente? Mr. Dartés cada vez mas enamorado de su mujer, y no dudando de su inocencia, la ha traido otra vez á París; y para que nadie sospeche lo que ha pasado, le ha decidido á que abra sus salones con un gran baile de máscaras; por último, en cambio de la promesa que la baronesa ha hecho, de no volverte á ver, Dartés ha prometido no provocar un encuentro contigo.

Pab. Ya lo vés; todo ha concluido entre esa mujer y yo.

Enr. Lo crees así? Pues has de saber, que no ignora tu duelo con Dartés y tu generoso comportamiento por salvarla; así es, que si hace un mes te amaba, hoy te adora.

Pab. Pues no la volveré á ver!

Enr. Cómo evitarlo? Si llega á saber qne amas á Marieta, y que te casas con ella, estoy cierto que atropellará por todo, suceda lo que quiera.

Pab. Tienes razon; y para evitarlo, mañana mismo, so pretesto de acelerar mi convalecencia, saldré de París y no volveré sino con mi mujer.

Enr. Bien pensado.

ESCENA VI.

Dichos, La tia Moscou *y* Marieta.

Mos. El coche os espera, y no es culpa mia si el Pajero ha tardado tanto tiempo.

Pab. Hasta luego, Marieta; sabed que solo vivo por vos, y para vos.

Mos. Ea, hasta la noche? que nos veremos en casa de Farfalla y Arlequina; escusado es deciros, que tambien estais convidado, señor artista.

Pab. Hasta la noche, Marieta.

Mos. En marcha, señores! Vuelvo por tí, hija mia. (*hace pasar delante de ella á Pablo y Enrique, y se van por el fondo.*)

ESCENA VII.

Marieta, *luego* Teresa.

Mari. Cuán bueno sois, Dios mio! Esta mañana os pedia fuerzas para ahogar mi pasion, y vuestra misericordia ha hecho que Pablo me corresponda dignamente. (*se pone á trabajar en sus flores.*)

Ter. (*entrando por el fondo.*) (Esta es la casa, y esa la jóven.)

Mari. (*levantándose.*) Quién vá?

Ter. (*con despecho.*) (Qué bonita es!)

Mari. (Esa cara, yo la conozco!)

Ter. Si no me engaño, os he visto en otra parte.

Mari. Ya recuerdo! Me derribaron los caballos de vuestro carruaje.

Ter. Ciertamente! Y segun me informaron, no habeis tenido novedad, gracias á la solicitud con que os atendieron.

Mari. Deseais algunas flores?

Ter. (*con indiferencia.*) Si... un adorno.

Mari. Precisamente tengo uno concluido en aquella caja, (*vá á buscarla.*)

Ter. (*conteniéndose.*) Os llamais Marieta?

Mari. (*cada vez mas asombrada.*) Para lo que gusteis mandar.

Ter. Y es aquí, donde hará cosa de un mes, trasladaron á un tal Pablo Verdier, de resultas de un suceso que puso su vida en peligro?

Mari. Justamente.

Ter. Y ese jóven, estaba aquí hace un instante?

Mari. Si señora.

Ter. (*cerrando la puerta del fondo.*) Las señas que me han dado, son esactas.

Mari. Puedo saber...

Ter. Quién soy? Lo que vos querais; amiga... ó enemiga.

Mari. Enemiga?

Ter. Pueden escucharnos lo que os voy á decir?

Mari. Nadie.

Ter. Sentémonos, y hablemos. (*se sientan.*)

Mari. Conoceis á Pablo Verdier?

Ter. Y le amo!

Mari. (*levantándose.*) Vos le amais?

Ter. (*con frialdad.*) Como que se batió por mí!

Mari. Por vos?

Ter. Porque me ama tambien!

Mari. Oh! (*cae sentada en su sillon.*)

Ter. Ya veis que soy franca; al dia siguiente de ese duelo, que todos me ocultaron, debí salir de París, con mi marido.

Mari. Con vuestro marido?

Ter. El fué quien provocó á Pablo; pero he sabido destruir todas sus sospechas. A mi vuelta, me contaron cuanto ha pasado, y hasta los imposibles que ambos os habeis imaginado.

Mari. Imposibles!

Ter. Podeis creer que Pablo Verdier piense sèriamente en casarse con vos?

Mari. (*sollozando.*) Me engañaba!

Ter. Tened valor! Eso y mucho mas me ha sucedido á mí. Habeis socorrido á Pablo, y no queriendo ser ingrata con vos, me he ocupado de vuestro porvenir. Ahora me vais á ofrecer no volverle á ver, y olvidar ese naciente amor. Verdad que seremos amigas? (*se levanta.*)

Mari. (*vacilando.*) Señora, os estoy escuchando y me me parece un sueño! Yo no conocia el mundo, y en mi sencillez creia en el bien. He recibido en mi casa á un jóven moribundo, y le he salvado, por lo cual doy gracias al cielo; este hombre, cuya honradez es patente para nosotros, me ha dicho: Marieta, os amo... y no puede engañarme, pues sabe que no tengo madre que me proteja. Vos, señora, teneis un marido cuyo honor debeis conservar, y le engañais! Me avergüenzo de escucharos!

Ter. Señorita...

Mari. Si vos amais á Pablo, él no os ama! Y al decirme hace un instante, ante mis protectores; Marieta, vos sereis mi esposa, no mentia, señora, porque el hombre honrado no miente nunca.

Ter. Estais loca? Vos su esposa? Conque sois mi rival? Acepto el combate, y para impedir ese odioso casamiento, hollaré con mis piés honra, deberes y fortuna; hasta si es posible, me interpondré entre ambos, ante las gradas del altar.

Mari. Es que vuestro marido asesinará á Pablo.

Ter. Aun cuando nos asesine á los dos, no vacilaré.

Mari. Me causais miedo!

Ter. Para que Pablo no sea de otra, daré toda mi sangre! Ya conoceis á vuestra enemiga implacable; veremos si podeis luchar contra mí.

Mari. (*despues de una pausa.*) No haré tal señora. Si mi vida y mi felicidad peligrasen solamente, tendria valor; pero peligrando él, os prometo que entre Pablo y yo, todo acabó.

Ter. Os encuentro razonable... Me jurais...

Mari. (*con desprecio.*) Os juro no ser jamás la esposa de vuestro amante. (*sale por la derecha.*)

Ter. Es cuanto deseo.

Bamb. (*desde fuera.*) Marieta! Marieta!

Ter. (*ap. al salir.*) Cielos, esa voz...

ESCENA VIII.

Tersa y Bamboche.

Bamb. (*entrando.*) Marieta?

Ter. Ah! (*se oculta.*)

Bamb. Pero no, será mejor que no la diga nada hasta la noche.

Ter. (No tengo duda, es él!)

Bamb. (*viéndola.*) Calla! Una señora... Dispensad; la tienda estaba cerrada, pero voy á llamar á la dueña... (*llamando.*) Marieta! Marieta!

Ter. No llameis. (Si me conoce, soy perdida!)

Bamb. Os sirvieron lo que buscábais? Mirad, llueve á cántaros.

Ter. (*queriendo salir.*) Qué importa?

Bamb. (*mirándola.*) Cielos! Mi pesadilla otra vez!... Pero ahora no vá en coche, y no se me escapará tan fácilmente.

Ter. Solo la audacia podrá salvarme! (*alto, y con calma.*) Lloviendo tanto, imposible que pueda ir á pié á mi casa.

Bamb. (Es su voz!)

Ter. Tened la bondad de decir que me traigan un carruaje.

Bamb. (Es ella, no tengo duda; ella en cuerpo y alma!)

Ter. No vais? Por qué me mirais de ese modo?

Bamb. Y me preguntais por qué? Miradme bien... así; cara á cara.

Ter. Pero buen hombre, lo que yo necesito es un carruaje. Sin embargo, si os causa placer el que os mire, os miraré. (*le mira con audacia.*)

Bamb. Mi presencia no os recuerda nada? No os acordais de Marsella?

Ter. Mal me podré acordar, cuando nunca he estado allí.

Bamb. Nunca?

Ter. Segun veo, me equivocais con otra persona, á quien me parezco, y por la que os interesais.

Bamb. No os pareceis á nadie, sino que sois la misma. Ella... mi mujer...

Ter. (*riendo.*) Yo vuestra mujer! Já! Já! Sois gracioso! Já! Já! Já!

Bamb. Sí, cuando yo lloraba de celos y de rabia, ella reía de ese modo. Por piedad, no me atormenteis mas. Dime que eres tú, que no has muerto, que no te dí muerte!

Ter. Cómo! Dísteis muerte á vuestra mujer! Casi me dais miedo, y voy á llamar á la justicia.

Bamb. A la justicia!

Ter. Si estuviese aquí mi marido, ya lo hubiera hecho!

Bamb. Vuestro marido! Estais casada?

Ter. Lo cual os probará, que no soy la que os figurais. Por lo tanto, no volvais á mirarme de ese modo ya que me veo obligada á estar aquí, hasta que cese la lluvia. (*se sienta sobre un sillon, y Bamboche se queda fijo delante de ella.*)

Bamb. Parece imposible que haya en el mundo dos mujeres de tan perfecto parecido.

Ter. (*suspirando.*) Ha cesado la lluvia, no es verdad? (*se levanta y deja caer un guante.*) Tened la bondad de alcanzarme ese guante.

Bamb. Dónde está?

Ter. (*señalando.*) Aquí, á mis piés.

Bamb. (*recogiéndole.*) (Tan pequeña era la mano de mi Teresa!... Pero ella no tenia esas sortijas ni esa sangre fria, ni mucho menos esa afabilidad!) (*alto.*) Decís bien, señora; soy un imbécil... un idióta... y no os pareceis en nada á Teresa.

Ter. Oid un consejo que os voy á dar. Sed mas cauto en publicar los secretos de vuestra vida pasada, pues podríais caer en manos de la justicia.

Bamb. Señora, Oh! perdonadme!...

Ter. Llorad á vuestra mujer cuanto querais; pero no volvais á nombrarla en vuestra vida, si no quereis morir en un patíbulo.

Bamb. (*cogiéndose la cabeza con sus manos, y cayendo sobre la silla de la izquierda, junto á la mesa.*) Dios mio! Es esto un sueño, ó estoy loco! (*Teresa desaparece.*)

FIN DEL CUADRO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

LA REBAMCHA DE BAMBOCHE.

La misma decoracion del cuadro segundo; el canapé de la derecha ha sido colocado delante de la chimenea; habrá dos lámparas encendidas sobre la misma chimenea.

ESCENA PRIMERA.

JOSÉ *y* MAS.

JOSÉ. Me alegro de veros, señor Mas, pues os esperábamos con impaciencia.

MAS. Quiere decir, que es tu señora quién me espera?

JOSÉ. Y yo tambien, pues deseo saber cómo andan mis intereses.

MAS. Están en buenas manos, y nadie como yo podrá aumentarlos; pero con una condicion.

JOSÉ. La de siempre?... Que os tenga al corriente de cuanto pasa en casa del señor Dartés.

MAS. Justamente, pues soy un poco curioso.

JOSÉ. Y yo muy hablador.

MAS. Por eso estamos bien avenidos. Dime, qué ha ocurrido hoy de nuevo por esta casa?

JOSÉ. Lo único que deciros puedo, es que segun me presumo, han ocurrido cosas importantes.

MAS. Soy todo orejas para escucharte.

JOSÉ. Primeramente, el señor de Sandovál ha traido á casa varias veces, durante el dia, un indivíduo muy mal trajeado, y nada distinguido... Se han encerrado juntos en el despacho, y despues de un rato, el mal trajeado se ha marchado en el mismo coche del señor, el cual le ha conducido de la mano hasta la puerta, diciéndole: traémela pronto, amigo mio. Despues ha introducido en el despacho de mi amo a un caballero con aire de magistrado, el cual á poco rato me llamó para que la señora baronesa pasase al despacho del señor; allí han permanecido largo tiempo, y cuando la señora salió, no mostraba estar muy satisfecha.

MAS. Y has oido algo de lo que hablaron en el despacho?

JOSÉ. Por mas que he hecho, no he podido oir una palabra. Tuvieron la precaucion de cerrar con llave puerta y mampara, de modo que no he podido sorprenderlos.

MAS. Eso es malo para vuestros intereses, pues irán en baja.

JOSÉ. Cuando la señora entró en su gabinete, divisé por la cerradura, que la señora, pálida y conmovida, abrió bruscamente una mesita, en la que guarda sus objetos de valor, y ojeando un lio de papeles que sacó, esclamó para sí: solo hay un hombre que pueda salvarme!... Ese hombre, dije yo para mi saco, es el señor Mas, su agente de negocios.

MAS. Conque la baronesa necesita de mí? Es decir, la soy indispensable? Tanto mejor para tí, mi buen José. Tus intereses van en alza.

JOSÉ. (*viendo entrar á Teresa.*) Señora!

ESCENA II.

Dichos y TERESA.

TER. (*á José.*) Dejadnos solos. (*vase José.*) Buenos dias, amigo Mas.

MAS. Me felicito de veros, señora baronesa; aunque noto en su semblante cierta inquietud y malestar.

TER. Señor Mas, me sospecho que estoy tocando una de esas crisis supremas de la vida, contra las cuales es preciso luchar con resolucion y energía!... Estoy dispuesta á luchar hasta la muerte. Quereis ayudarme en la empresa?

MAS. Señora, os consta que soy todo vuestro.

TER. (*sentándose é indicando á Mas que haga lo mismo.*) Vais á saberlo todo. Pero son tantas las cosas que tengo que deciros, que no sé por dónde empezar. (*bruscamente.*) Mi marido ha encontrado á su hija.

MAS. Qué hija?

TER. Es una historia muy romántica! Dartés amó hace tiempo, á una mujer llamada Julia Morel; y es la hija de esa Julia, la que por una série de circunstancias maravillosas, viene hoy á reclamar el cariño del afortunado padre.

MAS. Y vos, que habeis dicho?

TER. Llorar de ternura; he prometido recibir con los brazos abiertos á la nueva aparecida, y amarla como si fuese mi hija; en fin, he prometido todo lo que se puede prometer, cuando no se ha de hacer nada... Asi es, que el bueno de Dartès está admirado con su Teresa.

MAS. Ved ahí una hija, que habria hecho muy bien con no encontrar jamás á su padre!

TER. Ya lo creo!

MAS. La señora baronesa, por lo tanto, no debe inquietarse, pues la niña no tiene ningun derecho á la fortuna paterna.

TER. Eso ya lo sé: mi mismo marido acaba de asegurármelo, diciendo: lejos de mí la idea de quitarte con una mano lo que te dí con la otra. Aun soy jóven, y puedo trabajar para hacer una fortuna á mi hija.

MAS. Oh! Escelente idea!

TER. Magnífica, no es verdad? Y lo mejor de todo es que tiene la intencion de volverse al Brasil.

MAS. Donde usted no piensa ir?

TER. Y el pasaporte que os pedí?

MAS. Aquí le teneis.

TER. Dádmele.

MAS. Ahí vereis, que la persona que os acompañe, podrá pasar por vuestro marido.

TER. Y esa Marieta?

MAS. Es el nombre de la aparecida?

TER. Nombre aborrecible y maldito, como la que lo lleva.

MAS. Dispensadme, señora; pero no comprendo á qué viene esa cólera, siendo así que vuestra fortuna nada tiene que temer de esa jóven llamada Marieta.

TER. No se trata solo de mi fortuna! No sabeis aun el mal que esa mujer me ha hecho, y el que aun me puede hacer. Aun mas, si no tuviese que combatir mas que á ella, no os hubiese llamado en mi auxilio! No es solo ese encuentro fatal el que me atormenta; hay otra cosa... (*levantándose lentamente.*) Oís? Otra, que ha venido de repente á arrojar en mi existencia, la amenaza, el peligro y el espanto!

MAS. (*con asombro.*) Señora!

TER. Miradme bien, y cuando sepais lo que me sucede, os asombrareis de no verme mas pálida y demudada.... Ahora, hacedme el favor de echar una mirada sobre todos esos documentos. (*pone sobre la mesa un lio de papeles, que saca del bolsillo.*)

MAS. (*examinando los papeles.*) (Buen negocio se me presenta.)

TER. Estoy resuelta; iré en busca de Pablo, y le diré:

Vuestro casamiento con la hija de Dartès no puede verificarse, y como para mí me es imposible la vida sin vos, he roto mis cadenas; huyamos, y si no quereis huir, no me olvideis al menos. Viviré á vuestro lado hasta que mi marido venga y me asesine ante sus ojos! Oh! Pablo no será cruel con mis lágrimas y mis súplicas. Puesto que vertió su sangre por mí, huirá conmigo.

MAS. Señora, todos estos documentos estan corrientes.

TER. Y serán fáciles de realizar, no es así?

MAS. Segun el tiempo que me deis.

TER. Cuarenta y ocho horas.

MAS. En ese caso la operacion vá á ser muy costosa.

TER. Jamas escatimo los servicios que me hacen.

MAS. La señora baronesa tendrá su dinero pasado mañana.

TER. Todavía necesito de vos para un asunto mas importante.

MAS. Soy vuestro; de que se trata?

TER. De hacer desaparecer á una persona.

MAS. (*hipócritamente.*) Señora, esa clase de negocios, no los entiendo yo. (*trata de salir.*)

TER. Veinte mil francos doy por el servicio.

MAS. (*deteniéndose.*) Veinte mil francos!

TER. Hasta treinta mil doy.

MAS. (*acercándose.*) De que se trata?

TER. De imposibilitar a una persona el que me moleste durante tres ó cuatro dias.

MAS. Lo que llamamos una secuestracion temporal

TER. Convenido, no es así?

MAS. Haremos lo que se pueda, sin olvidarnos de la policía.

JOSÉ. (*desde fuera.*) Entrad aquí, mientras aviso al amo.

TER. Gente viene, seguidme, para ponernos de acuerdo sobre el particular.

MAS. (*frotándose las manos.*) Esta mujer es un tesoro. (*vanse por la izquierda; la puerta del fondo se abre y aparecen Marieta y Bamboche.*)

JOSÉ. (*introduciéndolos.*) Esperad aquí. (*vase José.*)

ESCENA III.

MARIETA *y* BAMBOCHE.

BAMB. Entra aquí, Marieta, y empezarás á ver lujo. Mira qué de alfombras, de espejos y sillones. Oh! quién habia de pensar que todo esto era para tí?... Ya creo verte ataviada como una princesa, rodeada de lacayos y doncellas. Si te encuentro algun dia por esas calles de Dios, me meto el ceston por la cabeza, para ocultar mi vergüenza, y no presentar mis harapos ante tu vista.

MARI. Avergonzarte, cuando has sido mi padre? Cuando todo te lo debo á tí?

BAMB. Conque segun eso, no te olvidarás de nadie? Te acordarás de vez en cuando de los que cuidaron de tí en la niñez?

MARI. Jamás os olvidaré, amigo mio! Os lo juro en nombre de esa caridad tan infinita conque todos habeis cuidado de mí. (*sollozando.*)

BAMB. (*sollozando tambien.*) Bien, Marieta, bien... pero no lloreis ahora.

MARI. Ni vos tampoco!

BAMB. Verdad es... (Cáspita con el alquilador de trajes! Pues no se ha olvidado ponerme pañuelos en los bolsillos!)

MARI. Siento pasos... será él?

BAMB. Vaya, no tembleis de ese modo.

MARI. Oh! No sé lo que esperimento en este instante!

BAMB. Marieta, ánimo, que aquí se acerca! (*aparece Dartés pálido y conmovido. Queda un momento en silencio.*)

ESCENA IV.

Dichos y DARTÉS.

BAMB. Aquí teneis á Marieta Morel.

DART. (*con dulzura.*) No... Marieta Dartés, y seré muy feliz con estrecharte entre mis brazos.

MARI. (*vacilante y reclinando su cabeza sobre el pecho de Dartés.*) Padre mio!

DART. Sí, hija mia, imágen viva de una mujer amada!... Siéntate aquí, junto á mí, pues tu vista me transforma y reanima!... Cuán buena debes de ser!

BAMB. Como no las hay en la tierra!

DART. Me amarás tanto como yo te amo ya?

MARI. (*estrechando sus manos.*) Jamás dejé de amaros.

DART. Conque segun eso, en tu aislamiento y en tu miseria, jamás me acusaste ni maldeciste?

MARI. He pasado mi vida rogando al cielo por vos.

BAMB. (Por vida del pañuelo!) (*enjugándose las lágrimas, con disimulo, con una colgadura de muselina.*) (Vaya las lágrimas no manchan!)

DART. Te hablaba de mi tu madre?

MARI. Quién sino ella me enseñó á amaros y respetaros?

DART. Efectivamente! No fué un abandono voluntario el que me separó de ella, sino una série de fatalidades. Mis largos y frecuentes viajes, las oposiciones de familia, y una correspondencia interceptada, me hicieron ignorar su paradero; pasaron años y años; mil intereses se cruzaron... formé otros lazos, y sin olvidar los que creí perdidos para siempre, guardé en mi corazon un recuerdo, como el de los muertos á quienes jamás vuelve á verse!... Pobre Julia mia!

BAMB. Ahora resucita en su hija, y si no, miradla... los mismos ojos, la misma sonrisa... su dulzura...

DART. Verdad es.

BAMB. Solo que está bastante mas pálida. (*bajo á Marieta.*) Pero yo tengo una receta para hacer salir los colores.

DART. Mientras que vivia en el lujo y la abundancia, vosotras arrastrábais una vida miserable y penosa! Llorando el pasado, y sintiendo lo irreparable de sus males, consolémonos ante un porvenir que nos reserva dias felices. Mi cariño y ternura para tí, repararán en breve cuanto has sufrido.

BAMB. Quereis que os diga una cosa? Sabedla... Sois todo un hombre de bien.

DART. (*dándole la mano.*) Aun hay quien me escede, amigo mio.

BAMB. Cuánta honra para mí, señor baron! (*á Marieta.*) Señorita, haré por vuestro padre cuanto he hecho por vos.

MARI. Cómo, no me tuteais?

BAMB. Cómo atreverme?

MARI. Si no me tuteais, hareis que me enoje con vos.

DART. Y yo tambien.

BAMB. Vaya, Marieta, trataré de llamaros de tú. Ahora hablemos de otra cosa.

DART. De qué?

BAMB. Debo deciros, que en mi calidad de trescientos treinta y tres padres, habia arreglado con mi madrina cierto asunto, que el señor baron terminará á satisfaccion de Marieta.

MARI. Callaos, os lo ruego.
DART. Acabad.
BAMB. Pues bien; sabed que nosotros la teníamos dispuesto un marido. Oh! No creais que sea ningun trapero. Es un gallardo jóven, que la ama como se merece!
MARI. Padre mio, Bamboche se engaña; ese casamiento es imposible.
DART. Y por qué, hija mia?
BAMB. En cuanto os diga su nombre, opinareis como yo.
MARI. Oh! No se lo digais!
DART. (*á Bamboche.*) Ella misma me lo dirá; en breve me confiará todos sus secretos. Permitidnos que estemos un instante solos. Id á mi despacho, donde encontrareis á mi amigo Sandovál, y á un magistrado, para tomaros una declaracion.
BAMB. (*sorprendido.*) Una declaracion?
DART. No os asusteis; solo se trata de una formalidad, para consolidar la posicion de mi Marieta; no necesitais mas que firmar.
BAMB. (Poner mi verdadera firma? Esponerme á que me reconozcan!)
DART. Id, amigo, id, cruzad ese salon azul, y abrid la puerta de enfrente.
BAMB. (Hagamos este nuevo sacrificio por Marieta.) (*vase por la derecha.*)

ESCENA V.

DARTES *y* MARIETA.

DART. Vaya, hija mia, confíame sin temor todos tus secretos.
MARI. No me lo pregunteis, os lo suplico.
DART. (*sonriéndose.*) Tan graves son?
MARI. Dispensadme si no os digo ahora mismo lo que deseais saber; mas tarde os lo diré todo. (*se levantan.*) No pensemos mas que en estar juntos, y en dar gracias al cielo por haberme devuelto las caricias de mi padre.
DART. No insisto mas, hija mia; aun cuando te confieso que tu reserva me dá celos.
MARI. Qué decís?
DART. Lo que se oculta á un padre, se confiaria á una madre sin vacilar. Sin embargo, estoy seguro que á tu nueva madre se lo dirás todo.
MARI. A quién?
DART. A la que debe reemplazar á la mujer que todos lloramos; á mi esposa.
MARI. A madama Dartés?
DART. Marieta, la llamarás tu madre... todo lo sabe, y desea conocerte. Aquí llega, justamente.

ESCENA VI.

Dichos TERESA *y luego* JOSÉ.

DART. (*á Teresa.*) Querida mia, os esperaba con impaciencia.
TER. (*alejando á Dartés.*) Quiero presentarme yo misma. (Ella misma se vá á descubrir.) *acercándose.*) Marieta! (*Marieta mira á Teresa, la reconoce y dá un grito.*) Silencio!
DART. Qué es eso?
TER. (*ocultando á Marieta.*) El esceso de tanta emocion sin duda.
DART. Marieta!
MARI. (*mirando á Teresa y Dartés.*) Padre mio! Esta es...
DART. Mi esposa, hija mia.
MARI. Ah!
DART. Ved que se desmaya. (*Marieta cae sobre el sillon.*)
TER. (*separándole.*) Dejadme cuidarla. Los hombres no entendeis de estas cosas. Dame aquel frasco que está sobre aquella mesa.
MARI. Su esposa!
DART. (*trayendo el frasco.*) Tomad. (*Teresa acerca el frasco a Marieta.*) Cómo te encuentras, hija mia?
TER. Mucho mejor, no es verdad?
MARI. Ya me siento bien.
TER. Cuán bella es, Dartés! Cuán feliz soy en compartir mi cariño entre vos y ella! Estoy segura que nos vamos á querer como dos hermanas! (*aparece José por la derecha.*)
DART. Qué quereis?
JOSÉ. Esos caballeros esperan al señor baron. (*vase por el fondo, mirando de reojo y escuchando.*)
TER. Id á vuestros negocios, mientras nosotras nos entendemos.
DART. Dejarla estando así?
TER. Idos, que yo os respondo de esta bella criatura.
DART. Hasta ahora. (*vase acompañado por Teresa hasta la puerta.*)
JOSÉ. (Por dónde diablos se habrá ido ese zorro de Mas!) (*vase por el fondo.*)

ESCENA VII.

MARIETA TERESA *y luego* BAMBOCHE.

TER. Escuchadme, señorita. Los momentos son preciosos.
MARI. Vos la esposa de mi padre!
TER. Sí; y una esposa amada, respetada, y que todo lo puede.
MARI. Y cómo os habeis apoderado de un corazon tan noble y generoso?
TER. Sea como quiera, su corazon me pertenece.
MARI. Mas el deber me ordena desenmascararos ante sus ojos.
TER. Hacedlo y le asesinareis.
MARI. Oh!
TER. Le asesinareis os digo, pues me ama con delirio.
MARI. Cuán desgraciada soy!
TER. Empiezo por confesaros, que en mi primera entrevista, estuve demasiado cruel con vos; pero los sucesos han cambiado, y lejos de aborreceros, siento por vos una gran simpatía. No mireis en mí á vuestra madrastra. Dartés y yo, seremos uno solo para vos. Os buscaremos un buen casamiento, y yo misma os dotaré espléndidamente.
MARI. (Madre mia, ampárame!)
TER. Mirad, Marieta, que os he hecho un gran servicio, descubriéndoos la conducta de Pablo, á quien yo misma no pienso volver á ver, pues no me perdonaria jamás haber engañado al mejor de los hombres. Estoy resuelta á borrar con mi cariño y ternura, el error de un momento.
MARI. Hipócrita!
TER. Qué osais decir?
MARI. Que cuanto me decís en este momento, es todo mentira! Que vos no meditais mas que perfidias, y que sois indigna de mi padre!
TER. Marieta! (*al irla á cojer de las manos con rabia, sale Bamboche por la derecha y se interpone entre ambas.*)
BAMB. Cómo se entiende? Amenazais á esta jóven?
TER. (*retrocediendo.*) Nos escuchábais?

BAMB. Escuchar, nunca. El señor Dartés me dijo, que Marieta estaba delicada; venia en su busca, cuando de repente, al atravesar la sala inmediata, me detengo como petrificado, ante un retrato de mujer. Ese retrato es el vuestro... (*bajando la voz.*) el tuyo, Teresa la Catalana.

TER. Estais loco?

BAMB. Ahora lo veremos.

MARI. Amigo mio!

BAMB. Idos, Marieta, con vuestro padre, y entretenedle diez minutos. No temais nada. Pablo os ama, y será vuestro esposo, pese á quien pese. (*vase Marieta por la derecha, Bamboche, cruzado de brazos, mira á Teresa.*)

ESCENA VIII.

TERESA, BAMBOCHE *y luego* JOSÉ.

BAMB. Acabo de hablar con el señor baron, y habiéndome contado de qué manera se casó contigo, ya no me puedes negar, que eres Teresa, y que estuviste en Marsella!

TER. Os voy á arrojar de aqui.

BAMB. Eso no es posible.

TER. Vos lo quereis! (*se dirige á un llamador y Bamboche la detiene.*)

BAMB. A dónde vas?

TER. A llamar á mis criados, para que os echen de aqui.

BAMB. Yo mismo les llamaré para decirles cuatro cosas. (*llama.*)

JOSÉ. (*apareciendo al fondo.*) Ha llamado la señora?

BAMB. He sido yo, para que no permitan entrar aquí á nadie, hasta nueva órden.

JOSÉ. Lo manda la señora?

TER. Sí, salid.

BAMB. Ya lo ois.

JOSÉ. (*saliendo.*) (Quién será este mete-sillas!)

BAMB. Ya estamos solos. (*sentándose.*) Siéntate y hablemos. Sabes que la inmersion de Marsella ha sido un bien para tí? Confiesa que te vá á saber muy mal cambiar todo este lujo y magnificencia, por nuestro chiribitil de la calle de Moufetard; pero no hay otro remedio.

TER. Cuánto quereis por callaros?

BAMB. (*levantándose.*) Me ofreces dinero? Y de quién?

TER. (*levantándose.*) Sepamos, qué quieres?

BAMB. Me reconoces al fin?

TER. No te imagines asustarme; el culpable eres tú, puesto que ocultas tu nombre... Convencida de tu muerte, me volví á casar. Asi, pues, si á mí me persiguen por delito de bigamia, á tí te perseguirán como asesino. Ayer mismo, al oirme hablar de la justicia, temblaste.

BAMB. Pues hoy ya no tiemblo. Vamos allá.

TER. A dónde?

BAMB. A prestar nuestra declaracion ante el magistrado que está en la pieza inmediata. Sino, yo le llamaré.

TER. Habla bajo, no grites!

BAMB. Vamos á ver, quién tiembla ahora; tú ó yo?

TER. Por última vez, qué pides?

BAMB. Exijo que confieses á Dartés, que has amado á Pablo, y que Pablo no te ha correspondido.

TER. Es falso, porque Pablo me ama.

BAMB. Acabemos... Vas á confesar la verdad al señor Dartés?

TER. Si le hago tal declaracion, es capaz de asesinarme, y antes que asegurar yo misma la felicidad de Marieta, prefiero perderme y perderte.

BAMB. Conque rehusas hacer tu confesion? Pues yo mismo se la haré.

TER. Me ama tanto, que una sola palabra mia, será suficiente para que no te dé crédito.

BAMB. Ante las pruebas, poco valdrán tus palabras.

TER. (*dudosa.*) Qué pruebas? Dónde están?

BAMB. Un trapero, hará cosa de un mes, encontró en una noche de baile, bajo las ventanas de este palacio, cierta carta escrita á Pablo Verdier... tú sabrás por quién...

TER. Oh!

BAMB. La carta estaba medio quemada; pero aun aparece la firma, y ciertos párrafos bien terminantes.

TER. Se la has entregado á Pablo, no es cierto?

BAMB. (*con ironia.*) No tal, á Dios gracias; el señor Dartés apreciará este documento.

TER. (La tiene consigo!)

BAMB. Puesto que no hay avenencia, voy á entregársela yo mismo.

TER. Detente... Haré cuanto me mandes.

BAMB. Cuándo yo quiera?

TER. Cuando tú quieras.

BAMB. Cuidado con lo que dices! Hasta mañana, Teresa la Catalana. Hasta mañana, señora baronesa. (*apenas sale, cuando Teresa se dirige á la puerta de la izquierda y grita.*)

TER. (*llamando.*) Señor Mas, señor Mas?

ESCENA IX.

TERESA *y* MAS.

MAS. (*saliendo por la izquierda.*) Aquí me teneis.

TER. Lo habeis oido?

MAS. Todo.

TER. Pues es preciso impedir que ese hombre haga lo que dice.

MAS. Durante cuánto tiempo?

TER. Durante dos dias.

MAS. Sereis servida.

TER. Sobre todo, no olvideis, que necesito esa carta á cualquier precio!

MAS. A cualquier precio? Tambien sereis servida.

TER. No perdais tiempo.

MAS. (*frotándose las manos.*) (Lo dicho, esta mujer vale un imperio!) (*vase.*)

TER. (*con júbilo.*) Ahora veremos, quién triunfa de los dos.

FIN DEL CUADRO CUARTO.

CUADRO QUINTO.

LA TRAMPA.

El teatro representa una cueva, la cual ocupa los dos primeros términos de la escena; al fondo, en la izquerda, una puertecita estrecha y baja; á una altura de tres metros, á la derecha, un respiradero practicable; en la cueva no habrá mas que un lecho de paja, debajo del respiradero.

ESCENA PRIMERA.

BAMBOCHE *y el* CARCELERO.

BAMB. (*sentado sobre la cama.*) Cómo se llama este departamento, señor Carcelero?

CAR. La conserjería. (*deja un pan y un cántaro de*

agua junto á Bamboche. Habrá una linterna encendida en el suelo junto á la puerta.)

Bamb. (*asustado.*) En la conserjería solo se encierran á los asesinos.

Car. Pues vos no estais preso por mucho menos; en fin, pronto vendrá el juez y sabreis á qué ateneros.

Bamb. (*levantándose.*) Que venga pronto, porque tengo mucho que decir... Es preciso que prendan á la Catalana, y protejan á Marieta! (*al carcelero.*) No os vayais tan pronto... No me dejeis solo tanto tiempo.

Car. Pronto os quejais. Aun no hace catorce horas que estais preso... Ahí os dejo vuestra cena.

Bamb. No tengo gana... Solo quiero ver al juez, para protestar contra los tres satélites, que sin decirme por qué, me han metido aquí, conduciéndome en un carruaje, y con los ojos vendados. Qué, os llevais la linterna?

Car. Ese es mi deber. Además, para dormir, no se necesita luz. Buenas noches. (*cierra la puerta y vase.*)

Bamb. (*solo y á oscuras.*) Solo otra vez! Sin poder aun sacar la cabeza por ese elevado respiradero, que á no dudarlo, dá a la calle. Si pudiera trepar á él... (*al trepar se abre la puerta y el carcelero saca la cabeza diciendo.*)

Car. Os prevengo, que esta puerta es inespugnable; y en cuanto al respiradero, hay detrás de él un centinela con el fusil cargado, además de la ronda. (*cierra y vase.*)

Bamb. Con tal de salvar á Marieta, y desenmascarar á esa pícara Catalana, poco me importan los fusiles ni las rondas. (*se oye ruido de coches.*) Todavía pasan coches! Si pudiese llamar!... (*pasa una luz por delante del respiradero.*) Ha cruzado una luz! (*gritando.*) Socorro! Favor! (*aparece otra vez la luz.*) Otra vez la luz? Si será la ronda? Sea lo que quiera, voy á llamar. (*gritando.*) Eh! Buenas gentes... Favor!

Mos. (*por el agujero.*) Quién llama?

Bamb. Cielos! Yo conozco esa voz!

Mos. Quien anda por ahí bajo?

Bamb. Madrina mia, soy yo!

Mos. Bamboche aquí?

Bamb. Sí; aquí teneis á vuestro ahijado, que daria cuanto hay en el mundo, por estar donde vos; pero no puedo subir.

Mos. Qué dices? Pues si tú no puedes subir, yo podré bajar.

Bamb. Qué vais á hacer.

Mos. Primeramente toma mi linterna. (*se la alarga con el gancho de trapero.*) La has cogido?

Bamb. (*dejándola en el suelo.*) Aquí la tengo.

Mos. Ahora, veremos si puedo pasar por el agujero. (*se ata los vestidos con el pañuelo por las piernas, saca las piernas por el respiradero, y se deja caer sobre la paja.*) Ya hemos llegado.

ESCENA II.

Bamboche *y la tia* Moscou.

Bamb. Os habeis hecho daño?

Mos. (*con un pañuelo encarnado en la cabeza, un casaquin de dril, un jubon viejo y un gran delantal azul; en fin, de trapera. Quitándose el pañuelo que se ha atado á los piés.*) Al contrario, he caido sobre blando.

Bamb. Verdad es! Sobre la paja de mi cama.

Mos. Pues qué, duermes aquí?

Bamb. Desde hace catorce horas, he sido preso y conducido á la consejería.

Mos. Afortunadamente te soltaron.

Bamb. Buen modo, cuando estoy en el calabozo de los asesinos: ya habreis visto los centinelas ahí fuera.

Mos. Aquí fuera no queda mas que mi canasto.

Bamb. Habeis vuelto á empuñar el gancho?

Mos. No hay otro remedio, si he de hacerme de nuevo con los setecientos francos que dí á Marieta, y que no pienso pedírselos. He preferido venir á buscar trapos á la calle de Copo.

Bamb. (*estupefacto*) Es esa la calle de Copo?

Mos. Y la cueva en que estás metido pertenece á la casa de un prestamista y agente de negocios, ó de trapisondas, llamado Mas.

Bamb. Será cierto? Vos conoceis al agente Mas?

Mos. De oidas, mucho; de vista, poco.

Bamb. Dadme las señas de él.

Mos. Es delgado, moreno, nariz larga y colorada; piernas largas como alambres, y lleva antiparras verdes.

Bamb. El muy bribon, ha sido pagado por Teresa, para que yo no pueda decir nada á su marido.

Mos. Qué Teresa es esa?

Bamb. La Catalana, mi mujer, á quien he encontrado mas hermosa y tunanta que antes... y por contera, bigama.

Mos. Conque tiene dos maridos!

Bamb. Ahora que veo no estoy en poder de la justicia, sino en las garras de mi mujer; quiero salir de aquí á todo trance.

Mos. Cómo?

Bamb. Silencio! El carcelero viene; en cuanto le vea le ahogo.

Mos. Sé cauto; déjale entrar para que no pueda escapar ni gritar.

Bamb. Apagad la linterna, y escondeos entre la paja para que no os vea. (*lo hace asi, y Bamboche se sienta á la izquierda.*)

ESCENA III.

Dichos, el Carcelero, Mas *y dos hombres que quedan á la puerta.*

Car. (*abriendo la puerta.*) Levantaos, que aquí viene el juez.

Bamb. (Con gafas verdes? El mismo de quien hablábamos.)

Mas. (*al Carcelero.*) Dejad la linterna y retiraos.

Car. (*bajo á Mas.*) Nada temais, que aqui quedamos. (*vase y cierra la puerta.*)

Mos. (Tambien yo quedo aquí.)

Mas. Acabo de examinar vuestra causa, y he visto cuanto pasó en Marsella.

Bamb. (Con qué aplomo lo dice el muy tunante!)

Mas. Pero la conducta de vuestra mujer, puede atenuar en mucho vuestra posicion. La justicia, que nada ignora, sabe la existencia de una carta escrita por la señora Dartés á Pablo Verdier.

Bamb. (A dónde irá á parar?)

Mas. Esa carta está en vuestro poder?

Bamb. (Te veo venir!)

Mas. Qué decís?

Bamb. (*alto.*) Para quitarme esa carta es por lo que me han registrado?... Chasco se llevaron.

Mas. No la teníais en vuestro poder?

Bamb. Y la tengo, á pesar de todo. (*sacándola de entre el pañuelo de la corbata.*) Aquí está.

Mas. Dádmela al punto!

Bamb. Para entregársela á Teresa, no es cierto, señor Mas?

Mas. Qué oigo!

Bamb. Que no sois un juez, sino un bandido que vá á ser juzgado.

Mas. (*retrocediendo hasta la cama.*) Nada temo; vengo prevenido! (*saca una pistola, y al apuntar, la tia Moscou sale y le desarma.*)

Mos. Abajo esas garras!

Mas. Soy perdido! (*Bamboche coge á Mas de la mano izquierda; la tia Moscou por la derecha amenazándole con la pistola.*)

Mos. Caiste en la ratonera, viejo usurero.

Mas. (*luchando.*) Socorro! Favor!

Bamb. (*tapándole la boca con la corbata.*) Toma, para que no grites.

Mos. Sácame el pañuelo del bolsillo, y átale los piés, que despues yo le ataré las manos. Entonces verás que tranquilo queda. (*le atan y le tienden en el suelo al fondo.*) Ahora trepa sobre mí, y escapa por la gatera.

Bamb. (*trepa sobre la tia Moscou, sale por la gatera, y dice desde fuera.*) Madrina, ya estoy libre; y vos?

Mos. Yo guardo la retirada. (*Se oculta detrás de la puerta que se abre hácia dentro.*)

Bamb. (*asomando la cabeza por el respiradero.*) Ahora veremos quién puede mas, señora Catalana!

(entra el Carcelero con otro hombre; al ver á Mas atado, el uno le desata de piés y manos y el otro le destapa la boca. La tia Moscou, mientras tanto, se desliza hácia la puerta, y hace un gesto á Mas.

Mas. (*libre, viendo á la tia Moscou salir.*) Detenedla.

Mos. (*cerrando la puerta.*) Ahora os detendrá á vosotros la policía.

Car. La policía!

Mas. Perdidos sin remedio. Perdidos!

FIN DEL CUADRO QUINTO.

CUADRO SESTO.

ABAJO LAS CARETAS.

El teatro representa un jardin de invierno, perfectamente iluminado; muchos convidados en diferentes trajes, discurren en todas direcciones.

ESCENA PRIMERA.

Dartés, Teresa, *y á poco* José.

Dart. Podreis decirme, señora, cómo no veo á vuestro lado á mi querida Marieta?

Ter. No es culpa mia por cierto; cien veces la he rogado se presentase en el baile; pero con estrañeza he visto que rehusaba hacerlo.

Dart. Debeis disculparla; esa estrañeza hacia este mundo de animacion y de brillo, se esplica perfectamente.

Ter. Tampoco he podido conseguir que se pusiese el vestido para ella destinado, y solo ha querido aceptar un modesto traje blanco.

Dart. Paréceme descubrir en vuestro acento, no sé que amarga ironía que me disgusta.

Ter. Os equivocais; y hartas pruebas teneis de mi, para conocer que solo el lustre de nuestro nombre; y el honor de vuestra casa, me llevan á deplorar los caprichos de esa niña.

Dart. Tendríais celos quizás?

Ter. Celos!... Yo?... (*con desden.*)

Dart. Sí, celos de que acaso os robe una parte del afecto que en vos tengo depositado, para ponerlo en esa desgraciada jóven. Pero no conoceis la esencia de ese cariño, mas puro que ningun otro, y que no permite confundirse con el sentimiento de otra pasion. Por lo mismo podeis estar segura, que por grande que sea la reparacion de amor que yo la deba, eso no destruirá en lo mas mínimo el que os consagro constamente.

Ter. Y por el cual os estoy agradecida; quiera el cielo que ella como yo, no turbe la felicidad de que hoy os mostrais tan ufano.

Dart. Entiendo lo que quereis decirme.

Ter. Cómo?

Dart. Sin duda quereis hablar de no sé qué incidente amoroso...

Ter. Cómo, sabeis?...

Dart. Sí, sé que han prometido la mano de Marieta, pero sin saber yo...

Ter. Quién es el objeto de sus amores? Yo os lo diré.

Dart. Vos?

Ter. Sí, yo, y quizá esta noche misma.

José. (*saliendo.*) La señorita os espera.

Dart. Voy corriendo. Lo veis? Vuestros temores eran infundados, y su obediencia á vuestras órdenes bien merece, en señal de vuestra complacencia, que vayais á buscarla.

Ter. Sea lo que vos querais.

Dart. Por qué os empeñais á veces en parecer demasiado severa, cuando sois la bondad y la indulgencia misma?

Ter. Disimuladme!

Dart. Harto sabes, Teresa mia, que siempre me hallo dispuesto á confesarme vencido. Vamos?

Ter. Vamos. (*vanse foro derecha.*)

ESCENA II.

Pablo Verdier *y* Enrique *por el foro, el primero con dominó azul y lazos encarnados.*

Enr. No cesaré de repetirte, que es una solemne locura el haber venido á esta casa.

Pab. Qué quieres! No puedo vivir con la idea de que Marieta me crea culpable, por apariencias mentidas, ó por una combinacion de fatalidades.

Enr. Y no has tenido otro medio para justificarte, que venir á meterte en la boca del lobo!

Pab. Y quién puede denunciarme si nadie me conoce?

Enr. Quién? Tú mismo; un movimiento, una palabra, un gesto, una imprudencia, de las mil que cometen los enamorados á cada minuto.

Pab. No, no me descubriré; y bajo de mi disfraz, tendré ocasion de hablarla y esplicarla mi conducta.

Enr. Si el señor Dartés sospecha que estás aquí....

Pab. Buscaria una razon, para aclarar su error.

Enr. Pero tú no la darás, y él te creerá como hasta aquí el perseguidor de su mujer.

Pab. Crees que pude hacer otra cosa, en aquella ocasion maldita?

Enr. La caridad bien entendida, amigo mio, empieza por uno mismo. Por qué habias de hacerte responsable de una falta que no era tuya?

Pab. Mi delicadeza me aconsejaba...

Enr. Tu delicadeza! La que él tuvo contigo, dándote una estocada, que te llevó á las puertas de la muerte.

Pab. No hablemos mas de eso.

Enr. Pues no he de hablar... Y la otra? La señora

baronesa? Pues si esta te atisva, todavía es el riesgo mayor.

PAB. Por qué?

ENR. Porque como está entendida, en lo que su marido le dijo, cree firmemente que te batiste porque la amabas.

PAB. Mi ausencia, le habrá probado lo contrario.

ENR. Buenas y gordas; líbrate de caer en la tentacion de hablarla ni de verla, porque de seguro te compromete.

PAB. Ya te he dicho que solo quiero hablar con Marieta unos instantes, y en seguida nos ausentamos.

ENR. Pues ya parece haberse acabado el wals.

PAB. Sí? Vamos entonces, y veamos si en ese laberinto encuentro la ocasion que busco.

ENR. Vamos, sí; porque de los salones rebosan los convidados, y creo que se aproximan.

PAB. Evitemos su encuentro. (*desaparecen foro izquierda.*)

ESCENA III.

Convidados y máscaras por el foro. TERESA *por la izquierda abajo.*

TER. Dios mio! Qué he escuchado!... Él aquí!... Si mi marido lo descubre... Y á qué ha venido, á qué?... Quizás atraido por el amor de esa niña, que el infierno me envia para destruir todas mis esperanzas... para matar mis ilusiones... para asesinar mi corazon! No, no es posible! Ay, esta duda es horrorosa! Necesito verle, necesito hablarle! Tal vez el átomo de esperanza que guardo en mi pecho, sea una realidad! Por qué no ha de amarme? Veremos. He oido decir al Vizconde de Luzan, que viene disfrazado con un dominó azul, con lazos negros; no se me despintará; le encontraré; es preciso que yo le encuentre. Dónde? En los salones? No es lo mas posible, pues tratará de recatarse; acaso en el jardin... sí, sí, eso es. Vuelven á tocar; la ocasion es propicia; ayúdame fortuna. Cielos!... (*vá á salir por la derecha.*) (Es él, no hay duda.) Pablo!

ESCENA IV.

BAMBOCHE *por la derecha, con un dominó y careta, exactamente igual al de* PABLO VERDIER.

BAMB. (Pablo yo! Pues guarda, Pablo!)

TER. Os buscaba.

BAMB. (A mí? Me parece que se equivoca.)

TER. Cómo os habeis atrevido á venir?

BAMB. (Dejémosla que se esplique.)

TER. No sabeis que la muerte os espera en esta casa? No sabeis que mi marido, ese hombre brutal, os asesinaria sin remedio, creyendo que habeis manchado su honor, cuando por el contrario, habeis sido sordo á mis súplicas, y á mis quejas? Cuando incesantemente me he visto despreciada en mi orgullo de mujer, y en mi calidad de señora?

BAMB. (Bonitas cosas voy descubriendo!)

TER. O es que apiadado de esta lucha que destroza mi alma, volveis para poner fin á este combate en que arrastro mi honra, mi porvenir, y mi vida?

BAMB. (Pues la moza se esplica!)

TER. Si es así, hablad una palabra, y me vereis romper los vínculos, hollar todas las obligaciones; veréisme loca de alegría, huir al fin del mundo, dando al olvido unos lazos que detesto, y una sociedad que odio.

BAMB. (Mi mujer es una alhaja! Ganas me dan de estrangularla de nuevo!)

TER. Respondedme, respondedme; no con ese silencio prolongueis mas las amarguras que sufro; una palabra que aliente mis esperanzas.

BAMB. Pues bueno; voy á contestarte como te mereces! (*descubriéndose.*)

TER. Bamboche!

BAMB. El mismo, señora Teresa.

TER. (El infierno se conjura contra mí!)

BAMB. Ah! habias creido que tu mal trazada farsa seria mas duradera? Pues estoy libre; no te tengo miedo, y me he introducido aquí con un engaño, para venir á darte tu merecido.

TER. Mi merecido!

BAMB. Sí, palomita querida, sí; crees acaso no merecer la galera, que las leyes te destinan? No sabes que esa es tu suerte? Y cuánto me he de reir, cuando te vea, en vez de todos esos adornos, con el saco y la papalina de las condenadas!

TER. Ignoras, miserable, que al lado de la galera, está un patíbulo alzado para tí?

BAMB. Eso ya lo veremos mas despacio.

TER. Ignoras que antes de salir de esta casa, puedo vengarme en esa Marieta que protejes? Infamando á su padre, entregando á su amante en manos del señor Dartés, ahogándola con las mias propias?

BAMB. No por cierto, gacela mia; porque antes que tú hagas todo eso, vendrá la justicia, á quien te tengo denunciada, y te llevarán á la cárcel entre cuatro gendarmes, y los chicos gritarán por esas calles, al verte pasar... la trapera! la trapera! la trapera!

TER. Es decir que me provocas, que me desafías?

BAMB. Pues no, que no! Anda, anda á poner en práctica tus cristianas intenciones, que yo ya tengo tomadas mis medidas.

TER. Sea; y á nadie culpes del daño que tú mismo te haces. Se acercan mis convidados, y el señor Dartés viene con ellos; he aquí el momento oportuno. Tú me pierdes, pero te perderás conmigo. (*subiendo al foro.*) Aquí... aquí... Señor Dartés, Señores...

BAMB. (No me conviene todavía presentarme. Escurramos el bulto.) (*desapareciendo por la derecha.*)

ESCENA V.

TERESA, DARTÉS, *y convidados.*

DART. Qué es eso? Qué os sucede? Esa agitacion?...

TER. Señor Dartés, en vuestra casa se ha introducido un malvado asesino; ha estado en este sitio hace un momento. Haciéndome blanco de sus pérfidas intenciones, ha osado amenazarme, prodigándome mil insultos.

DART. Y quién es? Decid, señora; decidlo, y pagará bien cara su osadía.

TER. Lo ignoro; pero lo que sé es, que es necesario buscarle; estaba aquí ahora mismo, y ha desaparecido; no puede estar lejos; que le prendan; que le entreguen á la justicia; que pague su delito con la muerte. (*en el mayor desorden y exaltada por la ira.*)

DART. Señora, me alarmais! Pero qué os ha hecho ese hombre?

TER. Oh! No me pregunteis, pues la indignacion no me permite recordarlo! Pero no habeis oido que quiero que le prendan?

DART. Decid al menos sus señas, ya que no sabeis su nombre.

TER. Lleva un dominó con cintas negras. (*en este momento cruza por el fondo Pablo Verdier.*) Ah! Vedle... vedle allí; él es! El asesino, el malvado!

ESCENA VI.

Dichos y PABLO.

DART. Alto, señor encubierto. (*saliendo al foro y arrastrando á Pablo al proscenio.*)

PAB. (Dios mio!)

DART. Descubrid vuestro semblante, para responder del agravio que acabais de hacerme dentro de mi misma casa. (*silencio en Pablo.*)

TER. Arrancadle la careta, para que empieze mi venganza!

DART. Descubríos. No? Pues yo mismo lo haré para provocaros. (*lo hace.*) Pablo Verdier!

TER. (Ah! Lo he perdido!)

DART. Sois un infame! Otra vez en esta casa? Y no temeis provocar mi resentimiento.

PAB. Señor Dartés, estais equivocado; solamente aquí me trae el amor de Marieta!

DART. Vos... por ella! (*indignado.*)

TER. (Oh! no era por mí por quien venia! Venganza, celos, venganza!) Os prometí presentaros al amante de vuestra hija; ahí le teneis; el mismo que hace un mes procuraba seducirme y arrastrarme; el mismo con quien os habeis batido; el mismo que manchando vuestro nombre, y abusando de vuestra confianza, tuvo la audacia de escribirme una insultante declaracion, que vos sorprendísteis.

BAMB. (*saliendo.*) Embustera! Trapalona! Aquí está el papelito y carta canta.

ESCENA VII.

Dichos, BAMBOCHE.

DART. Qué es esto?

PAB. El trapero!

TER. Soy perdida!

DART. Pero en fin, qué significa?...

BAMB. Significa, que pues es la hora de que caigan las caretas, cada cual debe despojarse de la suya. Significa que el señor Pablo Verdier, es inocente, y que yo puedo probarlo.

DART. Cómo!

BAMB. Aquí teneis su justificacion. (*presentando una carta medio quemada.*)

TER. (El infierno me confunda!)

PAB. Qué haceis? (*á Bamboche.*)

BAMB. Cumplir con mi deber.

DART. Una carta medio quemada!

BAMB. Hace un mes la recogió un trapero al pie de una de las ventanas de este palacio, desde la cual la habian arrojado. Iba dirigida al Señor Pablo Verdier, el cual prefirió recibir una estocada, antes que manifestar la carta que debia justificarle.

DART. (*despues de leerla.*) Engañado por ella! Miserable!

PAB. Señor Dartés. (*conteniéndole.*)

DART. Esposa infame!

BAMB. No os toca á vos el amenazarla ni el castigarla; no es vuestro nombre el que ella deshonra, pues vuestro nombre no es verdaderamente el suyo!

DART. Cómo! Qué quereis decir?

BAMB. Digo, que la que veis ahí, cubierta de joyas llamándose la Baronesa Dartés, no es mas que la mujer de Bamboche, el trapero, quien tiene el honor de dirigiros la palabra en este momento; no es ella en verdad, quien debe avergonzarse de mí; yo soy quien se avergüenza de ella, pues cuanto lleva puesto y posee, ha sido un engaño y una estafa. Pero ahora lo devolverá todo, pues supongo que no querrá ir tan compuesta y engalanada... á la cárcel!

TODOS. A la cárcel!

BAMB. Me parece, señora, que á las bigamas, allí se les conserva un puesto.

TER. El tribunal que me juzgue á mí, juzgará á mi asesino tambien.

BAMB. Con eso se convencerá, de que las personas á quienes yo asesino, no lo pasan del todo mal.

ESCENA VIII.

Dichos y MARIETA.

MARI. Qué sucede, padre mio, que todos me abandonan allá dentro?

BAMB. Ven, hija mia, y nada temas; ya eres feliz; ya están puestas en claro las maldades de esa mujer, y ya podrás gozar tranquila de la existencia dichosa que te aguarda entre tu padre y tu marido; á cada cual lo que le toca; para tí, la dicha; para los demás... lo que la justicia decrete.

ESCENA IX.

Dichos, LA TIA MOSCOU.

MARI. La justicia decís? Aquí la teneís. Acaban de prender al pícaro Mas, y ahora vienen por su cómplice.

BAMB. Aquí nos tiene á su disposicion.

TER. Protejedme, salvadme! (*á Dartés.*)

DART. (*mirándola con desprecio, y dando la mano á Pablo.*) Aquí teneis mi respuesta.

BAMB. Vamos, señora Baronesa, que nos están esperando. Cúmplase la ley, y que Dios proteja á la Hija de los Traperos! (*cogiendo del brazo á Teresa, y colocándose en medio de los dos guardias que habrán salido con la tia Moscou.*)

Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice. Madrid 12 de junio de 1862.

El Censor de Teatros.

ANTONIO FERER DEL RIO.

PINTO:

IMPRENTA DE G. ALHAMBRA, MONJAS. 8.

1863.